UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00394072 3

Ingenieros, José
Proposiciones relativas al porvenir de la filosofia

B
4695
I6
1919

JOSÉ INGENIEROS

PROPOSICIONES

relativas al

Porvenir de la Filosofía

Discurso de recepción en la
Academia de Filosofía y Letras
Junio 8 de 1918

2ª edición (5º a 9º millar).

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía.
Belgrano 475
1919

PROPOSICIONES
relativas al porvenir de la Filosofía

Digitized by the Internet Archive
in 2008 with funding from
Microsoft Corporation

http://www.archive.org/details/proposicionesrel00ingeuoft

JOSÉ INGENIEROS

PROPOSICIONES

relativas al

Porvenir de la Filosofía

Discurso de recepción en la
Academia de Filosofía y Letras
Junio 8 de 1918

2ª edición (5º a 9º millar).

ALPINA
SALTA y Av. FRAN
ROSARIO

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía
Belgrano 475
1919

R
4695
I6
1919

INDICE

Págs.

§ I. — La hipocresía de los filósofos

La perspectiva histórica. — La herencia escolástica y el principio de autoridad. — El dogmatismo social.— La hipocresía de los filósofos. — La teoría de las dos verdades. — Dos filosofías dentro de la filosofía. 15

§ II. — La crisis filosófica del siglo XIX.

Conflicto entre la metafísica y los dogmas morales.— La crisis de la metafísica. — El positivismo y el espiritualismo contra la metafísica. — Fracaso de la metafísica en el siglo XIX. — Posibilidad de renovar la metafísica 25

§ III. — Hermenéutica y paleo-metafísica.

¿Metafísica o paleo-metafísica? — Admirar lo pasado no significa castrar lo venidero. — La genealogía de las hipótesis metafísicas.—Los "idola theatri".— Embalsamar cadáveres no equivale a engendrar hijos 33

§ IV. — Perennidad de lo inexperiencial.

La renovación de la metafísica. — Perennidad de problemas inexperienciales. — Perennidad de un residuo inexperiencial. — Perennidad de una metafísica. — Futura subversión "ab imis" de los problemas e hipótesis inexperienciales 41

Págs.

§ V. — Los problemas de la metafísica.

Los falsos problemas. — Los problemas residuales de la escolástica medioeval. — Dios, la Inmortalidad del alma y el Libre albedrío. — Contenido de esos problemas clásicos; actuales problemas metacósmicos, metabiósicos y metapsíquicos. — Lo inexperiencial está condicionado por lo experiencial.— Depuración de los problemas del conocimiento . 51

§ VI. — Metodología de la metafísica.

Variabilidad de las hipótesis metafísicas. — De lo experiencial a lo inexperiencial. — Los métodos ilegítimos. — Los métodos legítimos. — Caracteres lógicos de las hipótesis inexperienciales. — Determinación de su legitimidad. — Lógica matemática y lógica metafísica 71

§ VII. — La metafísica del porvenir.

Objeto de la metafísica. — Universalidad. — Perfectibidad. — Antidogmatismo. — Impersonalidad. — Continua formación natural 93

§ VIII. — El lenguaje filosófico.

El vocabulario filosófico. — Renovación del léxico filosófico. — Sentido inequívoco de los términos. — Relaciones perfectas y términos perfectos 101

§ IX. — La arquitectónica.

Ilegítima oposición de las ciencias a la metafísica.— Disgregación de la filosofía en géneros científicos. — La distinción entre ciencias morales y ciencias naturales. — Formación natural de la experiencia. — Problemas que exceden a todos los géneros experienciales. — La metafísica será el único género filosófico. 109

Págs.

§ X. — Los ideales humanos.

Elaboración contínua de ideales. — Un ideal es un hipotético arquetipo de perfección abstraído de la experiencia. — Condiciones de legitimidad de los ideales. — Los ideales tienden a una progresiva universalidad 121

Proposiciones

Proposición Primera 135
.. Segunda 135
.. Tercera 136
.. Cuarta 137
.. Quinta 137
.. Sexta 138
.. Séptima 138
.. Octava 139
.. Novena 139
.. Décima 140

Señor Presidente de la Academia:

Señores Académicos:

Comprendo la gravedad de las palabras que pronuncio al incorporarme a vuestra docta compañía. La circunstancia es solemne para mí; ajeno a toda otra actividad social o política, contemplo en ella el término de mi carrera universitaria, aunque no de mis estudios.

He vacilado antes de escoger el tema de esta disertación, que es un simple prolegómeno. Una disciplina científica, larga ya por su comienzo precoz, retrájome hasta ahora de publicar escrito alguno sobre asuntos propiamente filosóficos, que siempre fueron acicates de mi curiosidad; he creído que sin una sólida cultura experiencial es vano todo empeño por comprender los problemas inexperienciales, como el techar un edificio cuyos cimientos no se hubiesen puesto aún. Aleccionado por todos los filósofos dignos de este nombre, he supuesto que las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natu-

ral de mis estudios científicos, y que la validez de ellas dependería, en primer término, de la amplitud de éstos (1).

*

El conocimiento previo de los problemas que no pertenecen a la filosofía, por entrar en los

(1) En la Universidad he cursado simultáneamente dos carreras, que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fuí indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé, naturalmente, a la cátedra de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como "ciencias psicológicas". Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos.

En algunos escritos científicos de que soy autor he seguido los métodos y utilizado las hipótesis consideradas más válidas; no tengo motivo, en general, para rectificar esas orientaciones. La falta de competencia y de oportunidad me ha impedido, antes de ahora, preferir ningún sistema de hipótesis metafísicas; los que conozco, desde los contenidos en las más seculares cosmogonías hasta los implicados por las más flamantes filosofías científicas me parecen, aunque desigualmente, muy distantes de la metafísica que bosquejo en la presente disertación. Suponiendo que en lo restante del siglo XX puedan realizarse algunas condiciones preliminares, ella podría comenzar a constituirse en el siglo XXI.

dominios de la experiencia, accesibles mediante los métodos científicos, llévame a considerar que el nombre de filosofía—usado actualmente con una latitud propicia a todos los devaneos—debiera reservarse, en el porvenir, exclusivamente a la metafísica. Donde la física no alcanza comienza la metafísica, dando a esos términos su clásico sentido inicial. No pertenecen a la segunda las ciencias llamadas positivas, ni las creencias místicas o éticas, ni las literaturas complicadas, ni la dialéctica ergotista. Disminuyen la metafísica, y obstaculizan su renovación, todos los que pretenden reducirla a una simple metalógica, metamoral o metaestética. Son sus enemigos militantes, en el pasado y en el porvenir, los que pueden sacrificar las hipótesis legítimas a las ilegítimas, en homenaje a los intereses creados en la sociedad a que pertenecen. Ningún motivo extraño al deseo de investigar libremente la verdad debe obstar al perfeccionamiento de las hipótesis que aspiran a explicar los problemas metafísicos.

*

Dirigiéndome, solamente, al exiguo número de personas que cultivan estos estudios y tienen

competencia para valorarlos (2), procuro evitar nimios detalles de albañilería, limitándome al sumario bosquejo de la arquitectónica que presumo realizable dentro de uno o más siglos. Me abstengo de recurrir a ciertas agradables inexactitudes de lenguaje que los ignorantes se inclinan a interpretar como profundidad de pensamiento; considero inútil inventar vocablos sibilinos o empavesar mi discurso con locuciones pedantes, pues aspiro a expresarme con una sencillez que nunca se preste a dos interpretaciones. Me avergonzaría, en fin,—como de una falta de respeto a quienes me escuchan, y de elemental dignidad—si torciera ideas claras con palabras equívocas o disimulase opiniones con alambicadas

(2) Creo que en lo restante de este siglo, 500 o 10 personas contribuirán a la constitución de la nueva metafísica que florecerá en el porvenir. No ignoro que millares de profesores seguirán enseñando las "doctrinas a la moda", ajustándose a la oscilación de las creencias ético-políticas dominantes en cada momento social; pero esos "escolásticos" presentes y futuros permanecerán absolutamente incomplicados en la perfección incesante de las hipótesis metafísicas.

Fácil es predecir, además, que innumerables personas continuarán creyendo las supersticiones acumuladas por la herencia ancestral de la humanidad, sin más vislumbres metafísicas que las sugeridas por los catecismos de las diez o veinte religiones positivas que se reparten las simpatías de los hombres.

figuras. Correspondería ingratamente al honor que me habéis dispensado si no os mostrara en su escueta exactitud las creencias filosóficas que considero menos incompatibles con mi ideal lógico de verdad.

*

No creo ser la única persona que piensa en el sentido que expresaré, ni alteraría mis opiniones por la candorosa vanidad de parecer original (3); supongo, en cambio, que muchos de mis colegas tienen opiniones filosóficas muy distintas, disparidad que juzgo grandemente provechosa

(3) En las obras de ficción la originalidad puede ser absoluta; en todo lo que es conocimiento progresivo y lógico, ella es relativa a lo que en cada época se tiene por menos inseguro. Nada más sencillo que la originalidad sin exactitud. He publicado hace algunos años la historia clínica de un loco razonante que se creía filósofo y elaboró un monumento dialéctico para sostener la siguiente doctrina, que él llamaba metafísica: "el universo es lo absoluto puro en que se mueven los planos de lo real, cortándose en aristas hipotéticas y formando en el espacio ángulos finitos que son la transmutación inmanente del Dios infinito, cuya materialización en el vacío engendra fuerzas vitales de que emanan las facultades anímicas por el ritmo radiante de los átomos protopsíquicos". Aunque alguna frase igualmente absurda podríamos señalar los que hemos leído a Platón o Aristóteles, Leibniz o Spencer, considero que la anterior "doctrina metafísica" nos parecerá

para el porvenir de la filosofía. Los cultores de estas disciplinas desinteresadas—y probadamente peligrosas en las sociedades menos cultas—no nos proponemos convencer ni desconvencer a nadie; gustamos de escucharnos los unos a los otros, con noble tolerancia, deseosos de beneficiarnos recíprocamente en nuestro comercio intelectual.

Señores Académicos:

Si os parece ligero alguno de mis juicios, detened el vuestro. Acaso tengáis por irreflexivo al que he meditado más.

a todos disparatada y delirante, a pesar de su innegable originalidad. En efecto, la validez de las hipótesis metafísicas, aun para los que *dicen* lo contrario, tiene su medida preliminar en conocimientos derivados de la experiencia; y nuestra lógica humana nos obliga a considerar falso todo lo que creemos está en contradicción con sus resultados.

§ I. — LA HIPOCRESÍA DE LOS FILÓSOFOS.

La perspectiva histórica. — La herencia escolástica y el principio de autoridad. — El dogmatismo social. — La hipocresía de los filósofos. — La teoría de las dos verdades. — Dos filosofías dentro de la filosofía.

La costumbre de estimar el tiempo en una escala relacionable con la vida humana individual, suele inclinarnos a mirar como grandes cambios las pequeñas oscilaciones intercurrentes en cada ciclo histórico; interesados por los detalles del camino que actualmente andamos, perdemos la visión de los ritmos seculares que marcan rumbos nuevos en el desenvolvimiento de la humanidad.

Por esa frecuente pérdida de *la perspectiva histórica*, muchos hombres, mirando el breve panorama de su siglo, se inclinan a ver novedosas orientaciones filosóficas en las pequeñas escaramuzas de los polemistas que, según su éxito, determinan las modas (4); y no es raro que los

(4) Prescindiendo de sus posibles méritos en otros campos científicos o literarios, me parece muy significativa la *incapacidad metafísica* de los polemistas que han compartido las preferencias del público semiculto en el último medio

contemporáneos celebren como geniales filósofos a simples sofistas que alimentan alguna pasión de sus públicos, sin sospechar que su recuerdo hará sonreir medio siglo después a los historiadores de la filosofía.

Esta apreciación inexacta es debida al olvido frecuente de que la metafísica es el único género filosófico que no puede convertirse en ciencia y que constituye *strictu sensu* toda la filosofía; y al olvido, aún más grave, de que el verdadero objeto de la filosofía es formular hipótesis legítimas acerca de los problemas que exceden la experiencia. Filósofo es aquel que plantea o renueva los problemas metafísicos, aquel que formula o coordina hipótesis legítimas para resolverlos. Fuera de esos casos el título de "filó-

siglo: el infantil materialismo de Buchner, las sutilezas místicas de Boutroux, las pamplinas biológicas de Weissmann, los sermones insípidos de Eucken, el evolucionismo vitalista de Bergson, el monismo de Haeckel, el antifilosofismo de James, sin contar las divagaciones seudofilosóficas de hombres de ciencia o de críticos literarios, ¿qué problema metafísico han planteado, renovado o resuelto? ¿qué sistema legítimo han creado? Hábiles sofistas, han satisfecho el deseo de sus creyentes respectivos, que han encontrado en sus escritos: una palabra de aliento para las creencias que ya profesaban o un gesto de obsecración contra las que ya temían.

sofo" suele otorgarse, a hombres de ciencia o de letras, por irreflexión o por galantería.

*

Creo que el Renacimiento filosófico se detuvo en indecisos balbuceos; no fueron otra cosa los sistemas metafísicos que substituyeron a las teologías medioevales. Aunque fundados en la razón o en la experiencia, no pudieron librarse de *la herencia escolástica*, que ha seguido infectando la filosofía durante cuatro siglos; de igual manera sobreviven en las naciones contemporáneas muchos principios e instituciones características de la sociedad feudal.

Una docena de grandes filósofos intentó seguir los caminos que creía convergentes a la verdad; pero fué siempre tan grande la coacción del pasado, unas veces como persecución oficial y otras como resistencia de seculares rutinas, que los más transigieron con ciertas mentiras vitales que las supersticiones reinantes hacían considerar necesarias para el mantenimiento del orden social. En vano gimió alguno su irrevocable "¡E pur si muove!"; en vano escribió algún otro su "Reivindicación de la libertad de pensar";

el principio de autoridad — político, religioso, social, universitario — puso un candado en las bocas heréticas y casi todos los grandes filósofos callaron las "verdades peligrosas" (5), o las renegaron, defiriendo a las "creencias vulgares".

*

Considero incomprensibles las doctrinas de los filósofos si se ignora la historia política y religiosa de la sociedad en que escribieron (6); sus

(5) "Verdades peligrosas"... Los que pueden unir esas palabras deberían ser lógicos y proclamar su odio irreductible a toda metafísica de buena fé. ¿Qué busca ésta, si no la verdad? ¿Cómo estaría dispuesto a renegar de ella el que estudia para aproximársele? Es contradictorio temer a la verdad y estudiar metafísica, a menos que se pretenda reservar este nombre a la *paleo-metafísica* de los tiempos pasados. Quien tema las consecuencias de cualquiera hipótesis relativa a los problemas inexperienciales, puede limitarse al cultivo de las ciencias positivas y conciliarlas con las creencias vulgares menos inquietantes; nadie está obligado a reflexionar con su propia cabeza, pudiendo adherir a las creencias "no peligrosas" que ya están pensadas en la cabeza de los demás.

(6) Todos los grandes cambios políticos han coincidido con alguna renovación de las orientaciones filosóficas; todas las religiones, al organizarse en iglesias, pasan a actuar como organismos políticos que persiguen fines temporales. Existen, sin embargo, historiadores de la filosofía que declaran, expresamente, su propósito de no mezclar en ella las cuestiones políticas y religiosas, lo que equivale a suprimir el agua y la levadura en el arte de la panificación.

ideologías personales no pueden ser abstraídas de las creencias, aspiraciones e ideales comunes en su época y en su medio social, pues ellas constituyeron siempre su punto de apoyo o el blanco de sus ataques. Es seguro que en cada sociedad existieron grandes intereses creados, apuntalados por principios que se pretendían eternos e imperfectibles. Esos principios, coordinados siempre en un dado *dogmatismo social*, fueron fuerzas contrarias a todo progreso, tan opuestas al perfeccionamiento legítimo de las hipótesis metafísicas, como al mejoramiento de las costumbres y a la transformación de las leyes. La historia de las renovaciones filosóficas ha tenido sus mártires, como la historia de las renovaciones éticas y políticas; todos los grandes filósofos han sido un tanto herejes frente a los dogmatismos sociales de su medio y de su tiempo.

*

Forzoso es confesar, sin embargo, que por su común condición humana, y por la edad avanzada en que los más se dedicaron a la filosofía, casi todos prefirieron la tranquilidad o el éxito, evitándose las persecuciones y sinsabores que solía traer aparejada la exposición leal de sus opinio-

nes; en ello ha consistido, desde el Renacimiento, *la hipocresía de los filósofos*, alimentada, acaso, por el recuerdo de Sócrates, de Hipatia, de Bruno. Esa capciosa prudencia los indujo generalmente a disfrazar algunas de sus opiniones, buscando la manera de conciliarlas dialécticamente con el dogmatismo social, para no suscitar las represalias de la autoridad política o religiosa. Este deplorable renunciamiento a la enunciación de la propia verdad sólo tuvo contadas excepciones; la regla fué que defiriesen, directa o indirectamente, a los mismos dogmas que habían intentado rectificar. Tal es mi impresión cuando leo las obras de los magnos ingenios, obligados a proclamar en palabras claras su adhesión a lo que ya no creían y a diluir en razonamientos obscuros las verdades que no osaban afirmar con claridad. (7).

*

La hipocresía filosófica apareció en el Renacimiento mismo. Conocéis la peregrina farsa

(7) Me refiero, exclusivamente, a los filósofos más dignos de tal nombre, sin distinción de escuelas: Bacon y Galileo, Hume y Locke, Spinoza y Descartes, Leibniz y Kant, Hegel y Spencer. Creo que los diez *fueron ateos*, por ineludible nece-

universitaria que remató en la invención de *la teoría las dos verdades*, permitiendo a sus partidarios encender un cirio a Ormuz y otro a Ahriman; una verdad, la filosófica, fabricaba la herejía como un privilegio de los pícaros filósofos, mientras otra verdad, la teológica, robustecía el dogmatismo conveniente para alimentar las supersticiones del vulgo profano.

En esa actitud, con excepciones muy raras, han persistido los filósofos durante cuatro siglos. Lamento no poder disculparlos diciendo que compartieron errores propios de su tiempo; el estudio de sus obras me obliga a creer generalmente lo contrario y a inferir que muchas veces traicionaron deliberadamente a su propia verdad, por la preocupación de no herir las creencias vulgares o para evitar las persecuciones de la autoridad. Distingo, pues, entre la *deliberada hipocresía* de los filósofos y sus errores involuntarios; la primera ha sido una inmoralidad.

sidad lógica; pero los diez *fingieron ser teístas*, por obsecuencia al dogmatismo social. La *hipocresía de los filósofos* carecería de importancia si no se tratara de tan magnos ingenios: como simple aspecto de la cotidiana "adaptación social" en la lucha por la vida, la *Filosofía universitaria* ha sido justicieramente censurada por Schopenhauer, cuyas opiniones subscribo, aunque por opuestos motivos personales.

lo segundo un accidente demasiado humano (8).

*

En tiempos más cercanos, esa hipocresía clásica perdió su candorosa forma primitiva; se comprendió que era imposible seguir hablando de dos verdades, sin contradecir los preceptos más sencillos de la lógica y de la moral. Los filósofos más hábiles han conseguido introducir en la filosofía moderna una distinción, de aspecto inocente, entre las ciencias naturales y las ciencias morales; ello permitió reanimar las dos verdades famosas, pues, sin decirlo claramente, pudo sobreentenderse que unas y otras ciencias son antagónicas por sus métodos y por sus objetos, proponiéndose investigar verdades esencialmente distintas.

En sus expresiones más recientes, la hipocresía clásica se traduce por la concepción de

(8) Si las obras de Kant convergieran a su "Solución de la pregunta general de los Prolegómenos", la Filosofía Crítica sería un modelo de lógica y de claridad. Desgraciadamente Kant puso tanto empeño en disimular antes las ideas convergentes a esa "Solución", como en afirmar después las más incompatibles con ellas. Su logicismo trascendental pudo ser un error; su rehabilitación de los mitos metafísicos fué una hipocresía.

dos filosofías dentro de la filosofía; a la una el dogmatismo social concede la libertad de investigar la verdad, pero a la otra le reserva el privilegio de negar las consecuencias ético-sociales de esa investigación. Tomad los centones de fines del pasado siglo,—naturalistas o idealistas, positivistas o místicos,—y leeréis en casi todos ellos que existen una Filosofía de la Naturaleza y una Filosofía del Espíritu: dos verdades distintas y la consabida hipocresía verdadera.

§ II. — LA CRISIS FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX.

Conflicto entre la metafísica y los dogmas morales. — La crisis de la metafísica. — El positivismo y el espiritualismo contra la metafísica. — Fracaso de la metafísica en el siglo XIX. — Posibilidad de renovar la metafísica.

Cuando en las sociedades europeas tomaron incremento las ideas que las revoluciones Norteamericana y Francesa pusieron como bases posibles de un nuevo régimen social, cayó toda la filosofía — merecidamente — en el descrédito a que la encaminara la hipocresía de los que fueron sus más encumbrados cultores durante el siglo precedente; algunos de sus discípulos siguieron tartajeando en vano sus capciosas semiverdades racionales, inamistosas ya para los absurdos de la escolástica feudal, sin ser todavía totalmente sinceras frente al espíritu nuevo.

El artífice de Koenisberg, más alabado que leído, condenó la vieja metafísica en nombre de otra que él mismo se apresuró a desacreditar. bajo la presión de dogmas sociales incom-

patibles con su propia lógica. Después de él se advierte en el siglo XIX una radical incompatibilidad entre los resultados de la experiencia nueva y las premisas del viejo dogmatismo social: la investigación de la verdad engendró constantemente hipótesis peligrosas para ciertos principios que se suponían básicos de la moral. Ese *conflicto entre la metafísica y los dogmas morales* ha impedido la renovación de la primera. Muchos moralistas tuvieron el descaro de sugerir que era lícito sacrificar toda posible verdad a la salvación de esos principios; algunos, los menos, intentaron renovar los fundamentos de la ética, de manera que ella conservase su eficacia social independientemente de toda premisa metafísica (9).

*

(9) Esta última evolución está en sus comienzos y me parece el antecedente necesario para la futura renovación de la filosofía. Me explicaré. La sociedad feudal sacrificó toda hipótesis metafísica inconciliable con los principios que fundamentaban ciertos intereses creados, propios de ese régimen político-ético-social. En el porvenir concibo la posibilidad de otros regímenes que se asienten en los resultados incesantemente renovables de la experiencia social, independientes de las nuevas hipótesis metafísicas que puedan formularse para explicar los problemas inexperienciales.

El resultado de este conflicto ha sido *la crisis de la metafísica*, provocada por los filósofos que se resignaron a subordinarla a la ética, como antes otros a la teología.

Reclamaron el nombre de metafísicos los que estaban dispuestos a sacrificar toda nueva verdad posible, refugiándose en el comentario de los precedentes sistemas, o sea en la *paleo-metafísica*; para no tomarse el trabajo de rectificar las viejas hipótesis de acuerdo con los resultados incesantemente perfectibles de la experiencia, prefirieron entregarse a la glosa dialéctica de las filosofías pasadas, cambiándoles de vestidura literaria. Así comprendida, su metafísica se convirtió en una disciplina muerta, en una docta erística de supersticiones y leyendas, imposibles de reanimar con sutiles disquisiciones literarias, siempre estériles por su valor constructivo, aunque a veces atrayentes por su argucia polémica. Los nuevos sofistas se entregaron a la glosa erudita, como los artistas sin inspiración se hacen críticos. La metafísica renunció a crear hipótesis sobre lo inexperiencial, para convertirse en una deslustrada tanatología.

Muchos pensadores contemporáneos han cobrado horror a semejante metafísica; se fun-

dan, — y en ello no se equivocan, — en la cantidad de disparates que circula bajo ese nombre, tornándolo sospechoso. Por eso llegan a afirmar que la condición primera del progreso intelectual es la liberación de toda metafísica. Paréceme que han confundido a ésta con sus manifestaciones degenerativas, como quien afirmase que las frutas no son comestibles en presencia de algunas piezas putrefactas; y, por una singular paradoja, algunos de los que se declaran enemigos de toda metafísica son, cabalmente, los que con más ahinco elaboran hipótesis convergentes hacia sistemas metafísicos menos imperfectos que los clásicos (10), aunque todavía, por su arquitectónica, ninguno merezca parangonarse con ellos.

*

De esta actual incapacidad de construir una

10) No concibiendo filosofía alguna fuera de las hipótesis metafísicas, creo que si se reputase innecesarias a estas últimas, sería imposible distinguir la filosofía de la ciencia, pues la primera se reduciría a un sistema sintético de la segunda. Por eso, a mi ver, al anunciar el fin de la metafísica, se afirma la muerte de toda filosofía; pues los demás géneros filosóficos, según explicaré, tienden ya a constituirse como ciencias

metafísica nueva, los partidarios de la paleometafísica deducen ilógicamente la imposibilidad absoluta de tentar nuevos caminos, despejando las contradicciones entre los resultados de la experiencia y las hipótesis más distantes de ella; y como no tienen propósitos constructivos, limitándose a blanquear sepulcros, no siempre respetables, de hecho condenan a muerte toda filosofía, aunque pretendan ser sus únicos cultores.

Al mismo tiempo, los que renuncian a toda explicación hipotética de lo inexperiencial, por creerla imposible, han creído que la metafísica debe ser reemplazada por una epistemología, es decir, por una teoría general o filosofía de las ciencias.

Bajo dos aspectos, pues, se ha revelado el *fracaso de la metafísica en el siglo XIX*. El positivismo, en todas sus formas, llegó a presentarse como un deliberado renunciamiento a toda explicación de lo inexperiencial: excelente para la investigación científica, no substituyó las hipótesis metafísicas o indujo a confundirlas con las hipótesis científicas. El espiritualismo, en todas sus formas, señala un fracaso mayor de la metafísica, pues comienza a tener la franqueza

de confesar su carácter religioso, renunciando a ser filosofía para convertirse en misticismo; en vez de buscar un saber independiente de las creencias vulgares, trata de conciliar el conocimiento científico con las supersticiones ancestrales; no es un florecimiento de la metafísica sino una exaltación de lo afectivo-ético contra lo lógico-crítico; en vez de superar el ciclo del racionalismo renacentista, regresa a las fuentes ilegítimas que lo precedieron en todas las teologías (11).

En suma, recapitulando, cinco causas han determinado la crisis filosófica del siglo XIX:

La persistencia de la mentalidad feudal en la sociedad moderna. — La hipocresía de los filósofos. — La subordinación de las hipótesis me-

(11) La generación anterior a la mía ha pasado por las dos modas: la positivista y la mística. Mi generación ha sentido más especialmente la segunda. Yo no alcancé la primera ni me he entregado a la actual. — En la evolucion de la filosofía, las modas sólo influyen sobre los que no tienen opiniones propias; ningún sugestionado por la moda dominante en su medio ha merecido nunca el nombre de filósofo. — Libre de esas obsecuencias gregarias, hablo del porvenir de la filosofía pensando en las doctrinas que se mirarán como legítimas dentro de uno o dos siglos, sin tomar en cuenta la docena de modas que se intercalarán entre la orientación filosófica del siglo XIX y la del siglo XXI.

tafísicas a los principios de la ética. no renovados todavía. — La singular paradoja de llamarse metafísicos los que se proponen impedir la elaboración de nuevas hipótesis metafísicas y de repudiar esa denominación los que siguen construyéndolas. — La confusión entre la historia de los sistemas pasados y la construcción de nuevos sistemas.

*

Así creo comprender, después de algún estudio, la crisis de la metafísica en el siglo XIX. Intereses políticos, sociales y religiosos, ajenos al deseo de investigar la verdad, han contribuído a subvertir su significación. Tituláronse metafísicos los místicos que se oponían a toda nueva hipótesis que perturbase las creencias vulgares; y antimetafísicos los científicos que se empeñaban en proyectar nuevas hipótesis más allá de la experiencia (12).

(12) No creo, en efecto, que sean otra cosa — entiendo decirlo en su elogio — ciertos bosquejos de explicaciones científicas que en el último siglo han pretendido abordar problemas inexperienciales.

Los que conozco me parecen insuficientes, vagos tanteos en un mundo nuevo, inicial balbucir en un idioma no bien

Soy menos pesimista que los unos y los otros (13). Creo en la *posibilidad de renovar la metafísica*; en el pensamiento contemporáneo observo algunos gérmenes fecundos y en las sociedades menos envejecidas advierto una renovación moral que favorecerá su desarrollo.

aprendido todavía. Aunque ellos no han construído nada definitivo en reemplazo de los sistemas metafísicos clásicos, es ilegítimo volver a éstos; además de su hipocresía, que tengo por evidente, su contradicción con los resultados menos inseguros de nuestra experiencia actual los hace inservibles para aproximarnos mediante explicaciones legítimas a la solución de los problemas inexperienciales.

(13) Los representantes menos oblicuos de ese doble pesimismo han sido Boutroux y Le Dantec.

§ III. — HERMENÉUTICA Y PALEO-METAFÍSICA.

¿Metafísica o paleo-metafísica? — Admirar lo pasado no significa castrar lo venidero. — La genealogía de las hipótesis metafísicas. — Los "idola theatri". — Embalsamar cadáveres no equivale a engendrar hijos.

Hay un signo de cansancio en la marcha: detenerse a mirar el camino recorrido. Cuando el hombre desespera de realizar obras mejores, comienza a vivir de su pasado: como los templos sin fieles, como las naciones decaídas. De igual manera los profesionales de la filosofía, al sentirse incapaces de crear — ¿existió Víctor Cousin? —, se dedican a glosarla y la convierten en una hermenéutica erudita. De esta manera, insensiblemente, se ha llegado a confundir dos cosas muy distintas: la *metafísica* y la *paleo-metafísica.*

Son meritorios los que cultivan el arte de interpretar textos para fijar su sentido, pero forman familia aparte de los que componen textos

nuevos. Conocéis la historia de todos los *ismos*, que es un afiliarse a capillas de creyentes firmes, y de todos los *neos*, que es un poner la esperanza en aparecidos.

Con el deseo de apuntalar viejas hipótesis, por la incapacidad de elaborar otras nuevas, algunos pretendidos filósofos han renunciado a seguir haciendo metafísica, prefiriendo la rumiación de hipótesis pasadas. Se cayó en una supersticiosa fantasmología y los grandes filósofos de otro tiempo fueron vueltos sobre sus corceles, como aquel Cid de leyenda que espantaba a los enemigos cabalgando después de muerto.

*

Graves consecuencias surgen de ello. Puestos a elegir entre hipótesis igualmente ilegítimas, sufrieron algunos la manía de la única originalidad posible, la del "gusto", prefiriendo las doctrinas más raras, u obscuras, sin atender poco ni mucho a su legitimidad; así como los coleccionistas de timbre buscan empeñosamente los más raros, algunos sofistas se declaran admira-

dores de obras cuyo mérito consiste en que no suelen leerse por lo aburridas (14).

Es justo que se admire las obras de los grandes ingenios, pero ello no obliga a suponer que supieron lo que era imposible saber en su tiempo. No confundamos la admiración retrospectiva con la adhesión actual; seamos generosos de la primera y avaros de la segunda, pues *admirar lo pasado no significa castrar lo venidero.* Sonriamos de buen grado ante algunas filosofías que, como los antros de los oráculos antiguos, sólo tienen de maravilloso su obscuridad; celebremos el ingenio de los que pretendieron despejar ciertas incógnitas, pero confesemos que crearon otras mayores con el pretexto de aclarar las primeras.

*

¿Deduciremos de lo que antecede la inutilidad de estudiar historia de la filosofía? Todo

(14) Conozco algunos admiradores de Tomás o de Diderot, y he oído afirmar la existencia de personas que han leído totalmente la *Suma* o la *Enciclopedia.* Sospecho, sin averiguarlo, que unos y otros prefieren de ordinario consultar el inocente *Larousse,* no tan raro pero menos inexacto.

lo contrario. Será un estudio utilísimo para los metafísicos del porvenir: les enseñará a descubrir los *falsos problemas*, a eludir las *hipótesis ilegítimas*, a no tomar por explicaciones lógicas los *capciosos ergotismos*, a evitar *errores* de método excusables en otro tiempo pero indisculpables en este siglo. Y acaso les indique *algunas buenas vías ya tentadas* y que en su tiempo no pudieron seguirse, como a muchos químicos modernos las ha indicado la historia de la alquimia; sólo en este sentido, muy relativo, podría afirmarse que todos los sistemas han sido ya formulados, opinión que no ha podido compartir ningún filósofo creador, aunque durante siglos la han repetido los que no lo fueron.

La historia nos permite descubrir *la genealogía de las hipótesis metafísicas*, desde sus vagas expresiones primitivas hasta las concordantes con la experiencia actual (15). Por eso es útil el estudio de la historia de la filosofía: tanto como el de la paleontología para los naturalistas, pues el conocimiento de las formas extinguidas es de

(15) La concepción que los filósofos griegos tuvieron del infinito, del átomo, de la primera causa, de la fuerza vital, de la energía, se parece tanto a la actual como el carbón al diamante.

valor inestimable para comprender el origen de las que aun viven. Las actuales hipótesis son transformaciones de otras que han evolucionado y seguirán evolucionando, sujetas a la selección natural en el ambiente que les forma la experiencia científica; ese estudio permite reconecer, al mismo tiempo, que ciertas hipótesis llevan camino de extinguirse, como esos paquidermos y reptiles que suelen llamarse "fósiles sobrevivientes".

*

Habría alguna exageración en afirmar que los grandes metafísicos clásicos han escrito "novelas de caballería" que esperan su Cervantes; también la habría, aunque menos, en considerar como simples espadachines, en comedia de capa y espada, a los polemistas de todas las escuelas que sólo probaban su habilidad personal y cosechaban aplausos según la moda preferida por el público a que se dirigían.

Conviene tener presente, sin embargo, cierta superstición que perpetúa los *idola theatri* denunciados en el "Novum Organum" y obscurece el juicio de los que estudian filosofía.

Es frecuente medir la validez de las hipóte-

sis por el ingenio y el arte personal de sus autores, con prescindencia de su legitimidad actual. Profundo error; podemos admirar a los grandes metafísicos clásicos — no los admira el que más lo dice, sino el que más los estudia — sin desapercibir que sólo tienen un valor histórico.

*

Si el nobilísimo ejemplo de su esfuerzo merece imitarse, no es, ciertamente, para glosarlos, sino para intentar, en este siglo y sobre la experiencia de este siglo, lo que ellos intentaron sobre la del propio. Nunca se ocuparon de *embalsamar cadáveres* los que se sintieron capaces de engendrar hijos.

Quiero expresar, en suma, que considero peligrosa la confusión entre la metafísica — elaboración de hipótesis nuevas — y la historia de la metafísica — hermenéutica de hipótesis elaboradas sobre experiencias más incompletas que las actuales (16).

(16) La historia de la metafísica (y, en general, de la filosofía) es una ciencia, una rama especial de las ciencias históricas, como la historia de la literatura, de la aeronáutica

Nadie confunde al historiador de las religiones con el profeta que creó el mahometismo, al historiador de las matemáticas con el creador de la geometría analítica, al historiador de la música con el creador de las Nuevas Sinfonías. ¿Por qué confundiríamos a Diógenes Laercio con Aristóteles?

o de la indumentaria. No se propone plantear ni resolver ningún problema metafísico. Si es puramente narrativa o interpretativa, no difiere de las otras disciplinas eruditas; si es crítica exige, además, una aplicación particular de la lógica.

§ IV. — PERENNIDAD DE LO INEXPERIENCIAL

La renovación de la metafísica. — Perennidad de problemas inexperienciales. — Perennidad de un residuo inexperiencial. — Perennidad de una metafísica. — Futura subversión "ab imis" de los problemas e hipótesis inexperienciales.

Por siglos y siglos, hasta nuestros días, la metafísica ha sido, alternativamente, concebida como una superciencia por los grandes filósofos (17), como una extraciencia por los místicos, y como una contraciencia por los polemis-

(17) Los discípulos inmediatos del estagirita fijaron con exactitud la posición de la metafísica: "lo que debe leerse *después* de la física", teniendo por evidente la inutilidad de leerlo *antes*. Los filósofos que intentaron constituir una metafísica independiente de la teología, lo entendían así; no podemos nombrar ninguno que haya metafisicado ignorando las ciencias de su tiempo. Esta ignorancia es, en cambio, muy frecuente entre los polemistas que combaten la metafísica en nombre de las ciencias o las ciencias en nombre de la metafísica.

tas menos ilustrados que la combaten o la admiran con igual incompetencia.

La primera concepción es la única que nos interesa y sólo con relación a ella podemos hablar de la posible *renovación de la metafísica.*

¿Morirá el único género filosófico que no puede convertirse en ciencia? Algunos porque lo tomen, y otros porque lo desean, repiten desde el Renacimiento esa pregunta. La más elemental comparación entre los filósofos de cinco siglos diversos, o entre cinco filósofos del mismo siglo, o entre cinco capítulos de una misma obra filosófica, suele revelarnos que no se ha comprendido, con exactitud, lo que significaban los términos de esa pregunta.

¿Es de temer que el adelanto de las ciencias suprima la metafísica, o que ésta vuelva a ser "sierva" de la teología, o que pase a serlo de la ética, o que se restrinja a los problemas lógicos, o que sea absorbida por la psicología, o que, en fin, se fosilice en los arquetipos clásicos, amortajándose en la historia de la filosofía? Esas suposiciones me parecen ilegítimas. Es probable que la cultura del siglo XX, lejos de negar la existencia de problemas experiencialmente inso-

lubles, procurará plantearlos de nuevas maneras; no cerrará los ojos ante ellos, pero tratará de acercárseles por caminos cada vez menos inseguros. Para buscar las verdades lejanas no seguirá métodos probadamente estériles, no partirá de principios lógicamente indemostrables o experiencialmente contradictorios.

Nada conocemos del Universo que no se transforme: las más remotas estrellas, nuestro sistema solar, el planeta en que vivimos, su corteza, los seres que la habitamos, nuestras ideas todas: ¿solamente las hipótesis metafísicas imaginadas por el hombre habrían encontrado su posición de equilibrio, definitiva, inmutable? Parece tan banal la pregunta, cuando se plantea con claridad, que fluye incontrovertible la respuesta. A la metafísica, como a todas las elaboraciones de la mente humana, es aplicable la sentencia de los renacentistas: renovarse o morir. Es renovándose, incesantemente, como ella vivirá; sólo podrían creer en su muerte los que la conciben dogmática e imperfectible, cerrando los ojos ante su ilimitada renovación futura.

*

Los que desconfían de la metafísica concuer-

dan, sin desearlo, en una afirmación que converje a postular su necesidad: el hombre no ha podido hasta ahora absolver ciertos interrogantes planteados por su curiosidad más allá de su experiencia. Para ello han sido insuficientes los métodos místicos, los métodos dialécticos y los métodos científicos conocidos hasta hoy—sin que esto amengüe la legitimidad de los últimos para todo lo que puede ser objeto de experiencia (18).

En lo que llamamos Universo existen muchas partes inaccesibles a nuestra experiencia actual, limitada necesariamente por la estructura de nuestros sentidos y de los instrumentos que aumentan su posibilidad de percepción.

¿Siempre existirán partes del Universo inaccesibles a la experiencia? *¿Ignorabimus?* Cualquiera de las respuestas dadas a esta pregunta legítima es lógicamente ilegítima; nadie lo igno-

(18) De la relatividad de los métodos científicos, algunas personas ignorantes extraen peregrinas conclusiones; aconsejan renunciar a ellos en vista de que no han permitido resolver "todos" los problemas y sugieren la vuelta a los métodos místicos y dialécticos que durante muchos siglos contribuyeron a embrollarlos. Con la misma lógica razonan los supersticiosos vulgares que prefieren el curanderismo a la medicina, porque ésta afirma la existencia de enfermedades actualmente incurables.

ra. Los que han discutido esa clase de temas no se proponían elaborar hipótesis metafísicas, sino polemizar en favor o en contra de dogmas ajenos al deseo de investigar la verdad. La única respuesta lógica hubiera sido la más sencilla: a juzgar por lo poco que sabemos, nada nos autoriza a pensar que los hombres, en el tiempo que aun vivan sobre este planeta que se enfría, resuelvan todos los problemas que exceden a la experiencia. Se puede, pues, afirmar la *perennidad de problemas inexperienciales.*

Lo que me induce a creerlo así no es la incapacidad de la razón humana, ni la existencia de misterios predestinados a serlo eternamente, hipótesis que conceptúo ridículas, dicho sea sin agravio para el de Koenisberg y el de Aquino.

*

Conocemos el Universo como un conjunto de relaciones incesantemente variables; aun en el supuesto de concebir lo universal como accesible a la experiencia, la variabilidad del Universo implica una variación constante de los objetos y condiciones de la experiencia; la posibilidad de un conocimiento total sólo sería po-

sible en el supuesto de que la experiencia humana continuara acrecentándose cuando el Universo pasara a un estado de inercia o de equilibrio cósmico en que no se modificase la más infinitesimal de las relaciones. Ninguna cosmología legítima permite concebir la vida humana persistiendo sobre la tierra después de la estabilización del Universo; la posibilidad de experiencia es, pues, necesariamente menor que la variabilidad de sus objetos y condiciones, lo que implica la *perennidad de un residuo inexperiencial fuera de lo experiencial* (19).

Adopto el término *Inexperiencial* sin el menor deseo de originalidad y únicamente para evitar los atributos ilegítimos que están ya implícitos en otros términos que no son sus sinónimos, aunque lo parezcan. Lo "inexperiencial" no corresponde a lo "sobrenatural" de las creencias vulgares, ni a lo "absoluto" de los panteístas, ni a lo "trascendental" de los aprioristas, ni a lo "ininteligible" de los relativistas, ni a lo "incog-

(19) En esta manera de afirmar el *Ignorabimus*, radicalmente opuesta a las clásicas, no es necesario distinguir previamente apariencia de realidad, noumeno de fenómeno, relativo de absoluto, etc.; su sentido, con relación al problema de los límites del conocimiento, es distinto.

noscible" de los agnósticos; todos estos conceptos implican atributos de la cosa en sí, son noumenales por oposición a lo fenomenal como objeto de experiencia (20). Lo inexperiencial es, en cambio, relativo a la posibilidad humana de conocimiento; siendo los objetos de experiencia infinitamente variables en el tiempo y en el espacio, la perfectibilidad de la experiencia humana nunca llega a excluir la perennidad de un residuo inexperiencial.

*

La perennidad de problemas que se refieran a lo inexperiencial permite afirmar, legítimamente, la *perennidad de la metafísica*, restituyendo a esta última palabra su primitivo sentido aristotélico. En nuestro lenguaje, menos inexacto, podemos decir: *la infinita posibilidad de problemas que excedan la experiencia humana implica la perennidad de explicaciones hipotéticas que constituyan una metafísica.*

(20) El mismo Spencer, en la parte primera de sus "Primeros principios", destinada a reconciliarlos con las creencias vulgares mediante lo Incognoscible, acabó por hablar de noúmenos y de fenómenos.

Al afirmar la *perennidad* de una metafísica, estoy muy lejos de postular su *invariabilidad*, cosa muy distinta. Todo el que estudia historia de la filosofía aprende que el contenido de los problemas inexperienciales ha variado numerosas veces, como también han variado las hipótesis metafísicas, en todos los siglos, en todos los países, en todas las escuelas (21). Quiere esto decir que la perennidad de la metafísica implica la persistencia de problemas no experienciales, pero de ningún modo la legitimidad de las hipótesis con que hasta hoy se ha pretendido explicar tales problemas. Estoy muy lejos de creer agotadas las posibilidades de explicación y considero insuficientes todas las que conozco, sin negar que entre muchísimas disparatadas hay algunas muy ingeniosas para la época en que fueron propuestas.

*

Por el esfuerzo de quienes la preparen en el siglo XX, concibo que la metafísica presentará en el siglo XXI ciertas características derivadas

(21) Esta banalidad, que preferiría omitir, pertenece a cierto género de nociones que suelen darse por harto sabidas, para callarlas. De esa manera se evita adherir a sus legítimas consecuencias, que son fundamentales.

de una *futura subversión "ab imis" de los problemas e hipótesis inexperienciales.* No se tratará de esa vaga "revisión de valores" filosóficos, siempre implicada en el deseo de maldecir de los hombres mejor reputados, propio de los que se proponen adquirir una reputación a expensas de los que ya la tienen; ese humilde menester, que llaman crítica algunos, quedará reservado a los polemistas carentes de aptitudes constructivas. En el porvenir sólo merecerán el nombre de filósofos los que se propongan sustituir por hipótesis legítimas todas las que sean probadamente ilegítimas. No dudo que tal labor será lentísima, secular, pero creo que ella excluirá todo nuevo intento de conciliación entre las mentiras demostradas y las verdades posibles (22).

Si creyéramos inevitable recaer en la consabida "hipocresía de los filósofos", preferiríamos

(22) Cuatrocientos años después de la Reforma parece haberse conseguido el derecho de Libre Examen, en los países menos incivilizados; la actual libertad de opinión y de crítica favorecerá en el siglo XX la introducción en la metafísica de algunos criterios en vano afirmados desde principios del Renacimiento. No me hago ilusiones, sin embargo, respecto de este pronóstico. La sanción legal del Libre Examen no se acompaña todavía de la tolerancia social que debe ser su complemento, para que sea efectiva. ¿Cuántos

declarar inútil la investigación de hipótesis legítimas que pretendan representar una aproximación a la verdad.

La renovación filosófica sólo será posible a condición de no buscar un nuevo pacto entre creencias vulgares en que no se cree y verdades experienciales que no se puede negar. Para disipar la desconfianza y el desprecio que ha merecido durante el último siglo, la metafísica deberá ser renovada integralmente, en la posición de sus problemas, en la metodología de sus hipótesis, en su lenguaje, en su arquitectónica.

se atreven a usar de ciertas libertades concedidas por la ley, pero hostilizadas por las creencias vulgares? Los hombres de la nación más libre son esclavos de las supersticiones de sus vecinos, de sus familias, que forman un Tribunal cuya mentalidad es inferior a la del Santo Oficio. La inmensa mayoría de la humanidad vive de "mentiras vitales" e impone a todos su respeto; la verdad es más temida que los explosivos.

§ V. — LOS PROBLEMAS DE LA METAFÍSICA.

Los falsos problemas. — Los problemas residuales de la escolástica medioeval. — Dios, la Inmortalidad del alma y el Libre albedrío. — Contenido de esos problemas clásicos: actuales problemas metacósmicos, metabiósicos y metapsíquicos. — Lo inexperiencial está condicionado por lo experiencial. — Depuración de los problemas del conocimiento.

En los sistemas metafísicos del porvenir se acentuará progresivamente la *eliminación de los falsos problemas*. Los hombres de mayor ingenio y de más vasto saber se inclinan ya a mirar muchos de los pretendidos problemas clásicos, y sus pretendidas soluciones, como simples juegos de ingenio: verdaderas partidas de ajedrez que se reembrollaban cada vez que un nuevo jugador alteraba los nombres y movimientos de las piezas.

Antes de que la bautizaran, la metafísica existía como disciplina independiente de las creencias vulgares; era un esfuerzo encaminado a substituir las absurdas explicaciones sobrenaturales por legítimas hipótesis racionales.

En la Edad Media fué subordinada la metafísica a la teología. En el Renacimiento se quiso restituirle su autonomía; hasta hoy no se ha conseguido totalmente (23) y en muchas universidades contemporáneas se sigue cultivando una metafísica respetuosa de las creencias vulgares. Con raras excepciones, los filósofos se han resignado a conciliar su metafísica con las supersticiones corrientes en su medio (24). Todos los racionalismos han sido formas de transición entre lo medioeval y lo futuro, entre lo que ya no se podía creer y lo que todavía no se osaba decir; por eso parecían revolucionarios a sus contemporáneos — y lo eran — aunque se ingeniaban para disimular sus mayores heterodoxias con generosas concesiones a las "mentiras vitales" de los ignorantes.

Como consecuencia de ello, difícil es concordar sobre cuáles son los dominios propios de la me-

(23) El mismo Kant, como *profesor*, no enseñó sus propias doctrinas, sino las que creía combatir en su primera "Crítica"; en la segunda degradó sus opiniones hasta el nivel de su enseñanza convencional.

(24) Sin excluir los más característicos positivistas, como Comte y Spencer, ciertos filósofos científicos como Haeckel y Wundt, pragmatistas como James, seudo-idealistas como Fouillée, etc.

tafísica (25) y pocos coinciden en la manera de plantear sus problemas. El deseo de no referirse a ellos, y la inclinación a disertar sobre vaguedades no comprometedoras, es cada día más evidente; pero no es menor el miedo al ridículo, que hace encubrir con fórmulas especiosas ciertos absurdos de mayor calibre que nadie se arriesga ya a postular.

*

Sin embargo, desde hace un siglo — con excepción de algunos teólogos — es raro que se limite la metafísica a los tres problemas clásicos: Dios, la Inmortalidad del Alma y la Libertad (26); así, escuetamente formulados, son

(25) Kant, en sólo cinco de sus obras, da 140 (por lo menos) definiciones diferentes de la metafísica; muchas son incompatibles y algunas resueltamente contradictorias.

(26) Sabido es que Kant, en la *segunda edición* de su C. de la R. P., obra que comenzó para combatir la metafísica y sus mitos, creyó oportuno agregar la siguiente nota:

"La metafísica sólo tiene por objeto propio de sus investigaciones tres ideas: *Dios*, la *libertad* y la *inmortalidad*, de manera que el segundo concepto, relacionado con el primero, debe conducir al tercero como a una conclusión necesaria. Todo lo demás de que esta ciencia se ocupa no es para ella sino un medio de llegar a esas ideas y a su realidad. Ella no le ha menester para desarrollar el conocimiento de

un residuo de la teología moral. Ellos no tratan de explicar lo que transciende de la experiencia, sino de confirmar un determinado sistema de creencias vulgares.

El carácter cada día más vergonzante de estos *problemas residuales de la escolástica medioeval* me parece indicar que los metafísicos del porvenir se verán forzados a plantearlos de muy diversa manera.

Estoy lejos de creer que esos problemas clásicos carecían de contenido; creo, simplemente, que estaban mal planteados, aunque no por ignorancia o por casualidad, sino por obsecuencia a las hipocresías propias de aquella época en que la metafísica era "*ancilla teologiae*". Tengo la convicción — sin preocuparme el que otros la

la naturaleza, sino para elevarse por sobre la naturaleza... nuestro fin es elevarnos de los datos inmediatos de la experiencia, es decir, de al *psicología*, a la *cosmología* y de allí hasta el conocimiento de Dios..." Los que en pleno siglo XX hablan de la "vuelta a Kant" — en el supuesto de que lo han leído — se proponen volver a la metafísica de la Edad Media.

Ese risueño *mea culpa* (Dialéctica trascendental, Lib. 1. sec. III) no impidió que el eminente arrepentido fuese molestado por las prudentes liberalidades que luego osó manifestar en su "Crítica de la religión según la razón", poético *macaneo* de sabor luterano.

compartan — de que los falsos problemas han tenido su origen en la incapacidad moral de sobreponerse a la opinión de los ignorantes; para ello los filósofos han tenido que ocultar, disfrazar o sacrificar las creencias que tenían por más verídicas. No todos habían nacido con temperamento de mártires (27).

*

En la actualidad, los que examinan las diversas hipótesis relativas a *Dios*, lo hacen en términos muy distintos de los empleados hace un par de siglos; se habla de la divinidad como del ideal de perfección moral, de la primera causa, del infinito en que se mueve lo finito, de lo absoluto, etc.; y, cosa más importante, el

(27) Creo, también, que la "posición", el "rango", la "espectabilidad", actuando sobre la vanidad humana nunca satisfecha, han sido factores del rebajamiento intelectual de muchos filósofos, hacia el nivel de la mediocridad; y como esos honores suelen salir al encuentro de los hombres que culminan por su ingenio y su saber, la sociedad tiende a matar "por hartazgo" las más nobles variaciones individuales, que son los gérmenes de su propio progreso intelectual y moral. ¿Schopenhauer habría escrito sus palabras más leales sin el estímulo de su constante fracaso en la carrera universitaria?

valor lógico de las memorables pruebas de la existencia de Dios tiende a ser descalificado por los mismos que la afirman, reconociendo unánimemente que es un objeto de creencia religiosa y no una hipótesis metafísica lógicamente legitimable (28).

Observamos asimismo que, en el sentido y con los atributos clásicos, nadie habla hoy del *alma*

(28) Es harto conocida la posición actual del problema de las Causas Primeras, no resuelto por las diversas teologías que las llaman Dioses, ni por los diversos idealismos que las llaman Ideas puras; coinciden ambos géneros en reafirmar que "el Ente crea lo Existente", con lo que se limitan a transferir a la palabra Ente los problemas que no resuelven respecto de lo Existente. En su forma clásica, la hipótesis del Ente para explicar los enigmas de lo Existente parecería hoy un cuento de hadas; los filósofos que no lo dicen se abstienen de afirmar lo contrario. Las más recientes hipótesis metafísicas pretenden partir de lo Existente y es ya difícil que pueda elaborarse ninguna legítima partiendo de lo que no existe, o solo existe como "ente de razón".

Los que llaman Causas Primeras a las hipotéticas Causas Primeras y Universo al Universo, no saben ya a qué aplicar la palabra Dios. Los filósofos panteístas incurren en la galante hipocresía de llamar Dios a la Naturaleza, conservando así la palabra con que el vulgo designa a un ser hipotético distinto de ella; hay en ésto cierta inmoralidad, porque es visible el propósito de favorecer el engaño. En muchos filósofos idealistas, espiritualistas y positivistas, es evidente la falta de sinceridad en el mal uso de las palabras con que disfrazan sus opiniones. Verdad es que la humanidad, por

y de su *inmortalidad*: se prefiere hablar del "espíritu", que ayuda a confundir el alma con la razón, y se puede o no entender conforme al alma clásica; estas chicanas evitan pronunciarse sobre el problema, que parecería muy fácil de plantear si no tuviera consecuencias peligrosas (29).

Nadie, en fin, se atreve a disertar sobre el *libre albedrío* en sus términos clásicos, prefirién-

millones de años de herencia mística, tiene horror al ateísmo.

El politeísmo, el biteísmo y el monoteísmo son expresiones antropomórficas de las hipótesis sobre pluralidad, dualidad y unidad de causas, representadas hoy por el pluralismo, el dualismo y el monismo. El antiguo problema del origen del "mundo" implica dos clases de problemas: los relativos al origen del universo (hipótesis cosmogónicas) y los relativos a la evolución del planeta Tierra (hipótesis geogénicas); ningún hombre ilustrado duda hoy de que la Tierra es un pequeño detalle de un sistema solar, que a su vez es infinitesimal en el Universo, no siendo la humanidad sino una de las especies vivas que viven entre las pequeñísimas asperezas de la superficie de la Tierra, que llamamos cordilleras y abismos.

(29) Las hipótesis lealmente "animistas" llevan camino de ser suplantadas por las "vitalistas", dada la dificultad de legitimar las primeras. El "espiritualismo" suele presentarse a semejanza del "vitalismo" y no del "animismo"; los problemas del "espíritu" se plantean homólogamente a los de la "vida". El problema de la inmortalidad del alma no es legi-

dose hablar de la contingencia, el indeterminismo, etc. (30). Creo que la renovación futura de

timable como hipótesis metafísica y su afirmación es considerada como una creencia mística, no racional.

Los que llaman Funciones a las Funciones y Organismos a los Organismos, no saben ya a qué aplicar la palabra Alma. Una copiosa escuela psicológica ha inventado la noción del paralelismo psicofísico, invención equívoca que permite a algunos hablar del paralelismo entre los Organismos y las Funciones dejando que otros lo entiendan como paralelismo entre el Cuerpo y el Alma, o la Materia y el Espíritu. Es indudable que esta "hipocresía de los psicólogos" ha sido útil en cierto momento, como forma de transición entre la psicología animista del pasado y la psicología biológica del porvenir.

El problema del origen de la vida tiende, en la actualidad, a explicarse mediante hipótesis de físico-química, consideradas como las menos ilegítimas. El problema de la morfogenia se considera puramente experiencial y no se discute ya la variabilidad de las especies, sino las condiciones actuales de su variabilidad. El problema clásico de la "conciencia", o de la distinción entre el yo y el no yo, se plantea como el de la "formación de la personalidad consciente individual" por la acción combinada de la herencia y de la educación. Ese problema contiene el de la formación natural del conocimiento y todos los que se refieren a las condiciones de la experiencia.

Muchos de estos problemas exceden nuestra experiencia actual y sólo pueden ser explicados mediante hipótesis inexperienciales.

(30) El problema del libre albedrío es uno de los que han presentado más remiendos en la historia de la filosofía. Suponer que sólo era libre la primera causa y los hombres determinados por ella, era un juego de palabras; decir que

los fundamentos de la ética y del derecho suprimirá las consecuencias que hasta hoy sirven de justificativo para este problema ilegítimo, subordinándolo a las hipótesis legítimas con que se explique el anterior.

El pudor con que se formulan esos viejos problemas revela un progreso; estudiando la vida de algunos filósofos que usaron esos eufemismos, tenemos motivos para creer que, en los más, todo ello ha constituido una cortés hipocresía para no herir las supersticiones corrientes en su medio social.

Me parece indudable, felizmente, que los metafísicos del porvenir no se resignarán a limitar sus reflexiones a la rumiación de esos tres problemas, y que su solución afirmativa no les

el hombre nacía libre y después se esclavizaba a los apetitos de su cuerpo, era otro; suponer que unos hombres nacían con la "gracia" y otros no, era absurdo; etc. Actualmente, los contingencialistas e indeterministas, se limitan a afirmar que en algunos dominios (los de consecuencias éticas, claro está) de la naturaleza existe la posibilidad de comienzos absolutos, sin negar el determinismo en todo el resto de lo experiencial. La hipótesis de comienzos absolutos supone otra que no se puede formular legítimamente: la posibilidad de futuras Causas Primeras, que no sean efecto de causas precedentes. Ignoro que la hipótesis haya sido formulada en esta última forma, que por ser exacta no se presta a divagaciones obscuras.

parecerá necesaria para una moral dogmática determinada. Algo podemos inferir de su labor futura contemplando las variaciones ya iniciadas en las hipótesis metafísicas presentes.

*

¿Cuál era el *contenido de esos problemas clásicos* y el valor de las hipótesis que pretendían resolverlos? Fácil es señalar qué género de problemas *legítimos* estaba contenido en cada uno de los *ilegítimos*. El problema de Dios contenía problemas metafísicos que actualmente exceden a las ciencias físico-matemáticas. El problema de la Inmortalidad del alma implicaba problemas que actualmente exceden a las ciencias biológicas y psicológicas. El problema de la Libertad contenía algunos problemas que actualmente exceden a las ciencias físico-matemáticas y a las psicológicas.

Eran y son problemas inexperienciales, es decir, metafísicos, concebidos como experiencialmente indemostrables; en eso difieren de los problemas científicos, accesibles mediante hipótesis experiencialmente demostrables. Y para distinguir los unos de los otros convendría llamar problemas cosmológicos, biológicos y psicológicos

a los científicos, y problemas metacósmicos, metabiósicos y metapsíquicos a los metafísicos.

Los *problemas metacósmicos* — implicados en toda cosmogonía — son de carácter universal, pues se refieren a problemas inexperienciales que abarcan la totalidad de lo real y exceden a las ciencias físico-matemáticas. Tienen actualmente un contenido legítimo más vasto del que otrora estaba implicado en el problema de Dios, pues comprenden los que se referían a la Substancia, cuantitativa y cualitativamente, y a la Naturaleza en todos sus aspectos inexperienciales (31).

(31) Hasta ahora han sido mal planteados los problemas de la realidad (el ser, lo absoluto, la substancia, etc.), en cuanto ella representa la expresión última de lo que existe o puede existir; los que dicen que la metafísica es la "ciencia" del ser o de lo absoluto, se expresan inexactamente, pues las "ciencias" están limitadas a lo experiencial.

Son legítimos los problemas inexperienciales relativos a los dos infinitos espaciales que exceden a la experiencia relativa a nuestra propia dimensión humana; pero es inconcebible la validez de hipótesis que no partan de los resultados experienciales de las ciencias astronómicas y físicas. — Los problemas del espacio y del tiempo, lejos de mirarse como conceptos o como intuiciones puras, son planteados en la actualidad como problemas de lógica matemática y se tiende a resolverlos mediante hipótesis que no contradigan la experiencia; las que se formularon hasta hace un cuarto de siglo carecen de verosimilitud en la actualidad, por haberse renovado sus fundamentos experienciales. — Los problemas re-

Los *problemas metabiósicos* carecen de universalidad, pues se refieren a lo que es inexperiencial en la insignificante parte de lo real que conocemos por los fenómenos llamados vitales. Los problemas de este género son muy contados: origen de la vida sobre el planeta en que la observamos, posibilidad de la vida en otros puntos del universo, constitución específica de la materia viva, finalidad de la vida. Casi todos los otros problemas biológicos se plantean actualmente como experienciales, es decir, accesibles mediante hipótesis sobre cuya validez puede pronunicarse la experiencia (32).

Estos problemas han sido con frecuencia uni-

lativos a la esencia y los caracteres de la substancia. están involucrados hoy en los que se refieren a la constitución de la materia, tan metafísicos cuando presumen la existencia de partículas materiales en movimiento como cuando hablan de centros de energía de heterogénea condensación.

(32) Se halla en este caso el transformismo. hipótesis experiencial que tiene ya una demostración suficiente: los competentes para juzgar, la consideran como incontrovertible en general, aunque perfeccionable en sus detalles; de esto último se ocupan numerosos polemistas, simulando que esos perfeccionamientos particulares importan refutar la ley general. Se trata, como es fácil de comprender, de la verdad científica que tiene mayores consecuencias morales; de su aceptación depende la legitimidad o ilegitimidad de otras hipótesis relativas a los problemas psicológicos.

ficados con los psicológicos; en las hipótesis que aun separan el vitalismo y el animismo, es cada vez menos perceptible la diferenciación.

Los *problemas metapsíquicos*, de escasísima extensión legítima, se refieren a lo que es inexperiencial en ciertos seres en quienes conocemos los fenómenos llamados psicológicos. Estos problemas tienen actualmente un contenido legítimo más vasto del que otrora estaba implicado en el problema del Alma, limitada al hombre, con exclusión expresa de todos los otros animales, a los que sólo se concedía un Instinto irracional; exceden a la psicología, como ciencia general de la experiencia, y a las ciencias psicológicas especiales que estudian la experiencia lógica, la experiencia moral y la experiencia estética: problemas metalógicos, metamorales y metaestéticos.

Considero que estos problemas son los que han dado más amplia ocupación a la "hipocresía de los filósofos" (33).

(33) Escasa es mi experiencia para renovar legítimamente todos los problemas y las hipótesis inexperienciales, lo que importaría construir un sistema metafísico legítimo. Pero, aunque escasa, es suficiente para advertir la ilegitimidad de los problemas y de las hipótesis formuladas por grandes genios, cuya experiencia era más inexacta que la mía.

Creo que en el porvenir los resultados experienciales fijarán los límites y las condiciones legítimas de los problemas inexperienciales.

¿Cómo lo experiencial puede limitar y condicionar lo inexperiencial? Por el principio de la no-contradicción, que enseña *lo que no puede ser.*

Sería absurdo que la experiencia dictaminase sobre la *verdad* de lo que se refiere a lo inexperiencial; pero ella permite establecer la *ilegitimidad* de ciertos problemas y excluirlos de toda metafísica que no sea un sim-

Sin chicanear sobre la palabra "saber", cualquiera de nosotros "sabe" más que Aristóteles y Platón juntos, prescindiendo de las aptitudes imaginativas, que nada adivinan sobre lo que se ignora y sólo razonan sobre lo que se sabe; segurísimo estoy de que Bacon y Kant, con lo que llegaron a saber en su tiempo, no conseguirían hoy aprobar un bachillerato serio. *Los que vienen después, saben más,* en igualdad de condiciones; fué éste uno de los estribillos más constantes de Jordán Bruno y contribuyó a costarle la hoguera, aunque ya nadie duda que estaban más lejos de la verdad los que la encendieron, defendiendo que las opiniones son *tanto mejores cuanto más antiguas.* Si un Kant escribiera hoy sus mismos libros, asombraría por su agudeza de ingenio, pero sus problemas y sus hipótesis harían reir a las personas competentes: sería uno de tantos audaces que hablan de lo que no saben, confiando en la excelencia de las propias aptitudes... por aquello que dice Descartes en el párrafo primero de su Discurso del Método.

ple pasatiempo de sofistas. En otros términos: autoriza a eliminar los problemas ilegítimos, aunque no decida sobre la verdad de las hipótesis legítimas.

Creo necesario indicar de qué manera la metafísica puede estar condicionada por la física, es decir, cómo *la variación de los resultados de la experiencia modifica la legitimidad de los problemas inexperienciales y la legitimidad de las hipótesis que pretendan explicarlos.*

Recurriré, deliberadamente, al más inexperiencial de los problemas metafísicos clásicos: "el mundo fenomenal accesible a nuestra experiencia es mera apariencia; el mundo noumenal, de las cosas en sí, constituye la única verdad y sólo es accesible a las ideas puras de la razón" (34). Esta manera de plantear el pro-

(34) Entiendo expresar con claridad el pensamiento de Berkeley. Sabido es que Kant, movido por el deseo de ser original, opuso su idealismo al de Berkeley, escribiendo con carácter definitivo estas palabras, que se dirían de Hume: "El principio que en general, rige y determina mi idealismo es, por el contrario: *Todo conocimiento de las cosas por medio del entendimiento puro o de la pura razón no es sino mera apariencia, y solamente en la experiencia está la verdad.*" (*Prolegómenos.* Apéndice). Justo es decir que si fué ese el principio de su idealismo, Kant hizo lo posible para que no lo entendieran sus partidarios ni sus adversarios, pues todos concuerdan en atribuirle el principio opuesto.

blema de la realidad y de su conocibilidad, no podría considerarse legítima desde que contradijera ciertos resultados experienciales que condicionan los problemas metalógicos: origen y valor del conocimento *humano*. El problema mencionado no toma en cuenta un resultado experiencial: antes de existir el hombre en la superficie de la tierra, el mundo fenomenal pudo ser conocido, como apariencia, por animales que ya la habitaban. Admitida la posibilidad de ese dato experiencial, el problema clásico debería variar y extenderse al conocimiento de todos los animales. Entonces serían legítimas estas preguntas: ¿lo fenomenal, antes de que el hombre existiese y lo pensara, era ya mera apariencia? ¿El sol y las rocas arcaicas fueron apariencias para otros seres antes de serlo para el hombre? Y, en la inevitable afirmativa, ¿se debería extender al "espíritu" de todos los animales la facultad de crear la única realidad mirada hasta hoy como un privilegio del "espíritu" del hombre?... En el supuesto de que llegara a admitirse que existieron antes que el hombre otros animales capaces de conocer el mundo fenomenal, habría que evitar esas cuestiones ridículas cambiando la posición del problema.

He partido de un supuesto evidente; la forma del problema clásico es ilegítima en cuanto limita a la experiencia y a la razón del hombre ciertos atributos que en diverso grado son comunes a todos los animales capaces de percepción y de razonamiento.

*

Creo que el problema legítimo del *origen del conocimiento* humano se planteará en el porvenir genéticamente, con lo que dejará de ser el fósil armazón dialéctico a que redujeron los racionalistas el cadáver de la gnoseología escolástica. El problema del *valor del conocimiento* humano puede ya plantearse en términos legítimos: ¿La representación de todo lo que impresiona actualmente nuestros sentidos, corresponde a la realidad? ¿En qué medida? ¿Qué se opone a una progresiva correspondencia entre nuestras percepciones y la realidad? Todas estas preguntas son legítimas — y lo son igualmente para todo ser vivo capaz de conocer en cualquier forma y proporción.

En el hombre, la *diferencia entre la realidad y su representación,* seguirá siendo un problema inexperiencial; pero toda hipótesis, para ser le-

gítima, deberá concordar previamente con los datos experienciales relativos al error de los sentidos, a la ilusión, a la alucinación, etcétera, sin necesidad de recurrir a la hipótesis, absolutamente ilegítima, de que la única realidad son los conceptos, las ideas puras, los entes de razón, los juicios sintéticos *a priori*, etc.

Considero falsos problemas todos los que favorecen una confusión entre abstracciones y realidades, entre conceptos racionales y objetos de experiencia, entre el *ente* y lo *existente*. Los hombres han elaborado, englobándolas bajo el nombre de "abstracciones", ciertas ideas generales, ciertos conceptos cualitativos comunes a varios objetos reales, ciertos productos de la fantasía o de la imaginación, etc.; más tarde, olvidándose que esas "abstracciones" son de origen humano y elaboradas sobre datos inicialmente empíricos, los filósofos han entrado a discurrir de esos "seres de razón" como si fuesen seres reales, cuando no han creído ver en ellos la *síntesis*, los *precedentes*, los *determinantes*, los *condicionadores*, etc., de la realidad misma, y por fin, *la única realidad* (35).

(35) Esta confusión entre lo real y lo imaginativo, se me presenta tan ridícula como si los hombres, después de

Algunos críticos de la metafísica racionalista se han preguntado: ¿Delirio? ¿Ignorancia? No. Algo más sencillo: el fantasma secular de la herencia filosófica (36). Es el problema del nominalismo y del realismo, que como consecuencia de una transmutación literaria del Número pitagórico en la Idea platónica, aparece ya netamente formulado en el "Timeo", mucho antes que en Porfirio; es el problema de los Universales que se renueva, alentado por nuevos conceptualistas que se oponen a su solución, fingiendo resolverlo. ¿Recordáis?: los Universales no son cosas ni palabras, sino conceptos del es-

haber imaginado las sirenas, los centauros, los fénix y los gnomos, se propusieran construir con ellos una filosofía zoológica opuesta a la ciencia zoológica.

(36) El escepticismo filosófico es una actitud "lógicamente" legítima, pero me parece que todo él podría reducirse a afirmar que no tenemos verdades sino creencias, y que el estudio sirve para desterrar de éstas los elementos lógicamente contradictorios. En general, los escépticos podrían decir que las "creencias" parecen tanto más "verdades" cuanto mayor es su concordancia con los resultados de la experiencia, sin pronunciarse sobre el valor de ésta. Los que escriben sobre la vida, la evolución y la transitoriedad de las verdades, como Le Bon, equivocan deliberadamente verdades con creencias; hacen chistes, juegan con el vocabulario de sus lectores.

píritu, entes de razón... todas las palabras difíciles para no declararse nominalistas, siéndolo. Siempre el temor a las consecuencias, a las verdades peligrosas.

§ VI. — METODOLOGÍA DE LA METAFÍSICA.

Variabilidad de las hipótesis metafísicas. — De lo experiencial a lo inexperiencial. — Los métodos ilegítimos. — Los métodos legítimos. — Caracteres lógicos de las hipótesis inexperienciales. — Determinación de su legitimidad. — Lógica matemática y lógica metafísica.

Las diversas teologías suponían que las hipótesis metafísicas eran principios eternos, perfectos e inmutables; las afirmaban como "verdades absolutas", "reveladas" al hombre por seres inexperienciales; las consideraban anteriores a la experiencia y no siempre accesibles a la razón humana. Los diversos racionalismos afirmaron que algunas de esas hipótesis eran "conceptos a priori" de la razón, más o menos pura (37),

(37) Distinguióse la imperfecta razón humana, que se presumió impura, de una hipotética razón perfecta o pura; ésta era conceptual en lo general y no realizable en lo particular, llamándose sus productos "entes de razón". Muchas personas suelen reirse de esos entes; nada tienen, sin embargo, de ridículos si se los llama por el nombre modesto con que los estudian los modernos manuales de psicología escolar en el capítulo de la abstracción.

evitando pronunciarse sobre las hipótesis reveladas; algunos inventaron singulares sistemas de conciliar los conceptos racionales con las creencias irracionales (38). Creo que los filósofos del porvenir no se ocuparán de comentar "verdades reveladas" ni de inventar "conceptos sintéticos a priori", sino de formular "hipótesis inexperienciales, a posteriori".

Tengo el firme convencimiento de que se reconocerá, unánimemente, la ilegitimidad de toda hipótesis en que la experiencia aparezca condicionada por entes racionales independientes de ella (39).

(38) El conceptualismo, con ligeras variantes, es la doctrina común a todos los sistemas "racionalistas", desde Abelardo hasta Kant. Representó en el primero una prudente heterodoxia del realismo, en tiempo de la disputa sobre los Universales; la conservó el segundo como forma última de la hipocresía filosófica, en cuanto permitía apartarse del realismo sin afirmar el nominalismo. El problema de los Universales persiste bajo otros nombres; pertenece al número de los que se evita abordar y resolver, por temor de las consecuencias éticas implicadas en toda posición lógica.

(39) No tengo certidumbre alguna de que los grandes filósofos racionalistas hayan dicho lo que pensaban, sino lo que convenía decir; me fundo en que para ellos, lo mismo que para sus adversarios, las ciencias fueron la propedéutica de la metafísica y todos se inclinaron a poner los resultados de las que habían estudiado como fundamento de sus hipótesis inexperienciales. Las cinco o veinte personas que actualmente

Esa renovación futura de la metafísica tendrá por primera condición la *variabilidad de las hipótesis inexperienciales.*

¿Qué características presentarán en el porvenir las hipótesis metafísicas, comparadas con las anteriores al siglo XX? La respuesta no es una mera adivinación. Estudiando la posición actual de los problemas inexperienciales que ellas procuran resolver, estudiando las variaciones efectivas que las hipótesis clásicas han sufrido, estudiando las nuevas que han intentado oponérsele, puede juzgarse aproximadamente el *residuo de legitimidad* que conserva cada problema o cada hipótesis. Estudiando, porque la única manera de saber, es estudiar. El conocimiento integral de los factores señalados permite conjeturar aproximativamente cuáles hipótesis metafísicas sobrevivirán. El "medio" en que ellas viven es la experiencia de la época en que se formulan; las variaciones de ese "medio" producen las variaciones de las hipótesis; la diversa adaptación de estas variaciones a las del medio, de-

merecen el nombre de filósofos, reconocen que sería absurda la pretensión de tratar cualquier problema filosófico ignorando los resultados generales de las ciencias que son su antecedente natural.

termina su selección. *Las hipótesis inexperienciales evolucionan constantemente en función del medio experiencial.*

*

Todas las personas competentes están contestes en afirmar la legitimidad de los métodos científicos para lo que es experiencial; esos métodos, incesantemente perfectibles, se proponen buscar demostraciones experienciales y son usados en el supuesto de que son suficientes para ese fin. El que ha comparado un tratado de lógica escrito en el siglo XVIII con uno escrito en el XIX, sabe que la lógica contemporánea, en su casi totalidad, tiende a ser el arte de aproximarse a las verdades experienciales, mediante esos métodos (40).

(40) La posición exclusivamente experiencial y el conjunto de métodos que constituyen el llamado "positivismo" son la única lógica posible de la investigación científica, aunque están exentos de toda validez propiamente metafísica. Sabido es que, en cambio, las hipótesis metafísicas de Comte fueron residuos místicos de las creencias vulgares, lo mismo que los cinco capítulos que Spencer consagró a lo "incognoscible" en sus Primeros Principios. Creo, además, que ambos procuraron fingir que creían en hipótesis ilegítimas que no creían.

Comprendo que es mucho más fácil hablar mal de las ciencias que estudiarlas; pero la ignorancia de lo experiencial no parece destinada a ser una condición metodológica para la construcción de legítimas hipótesis inexperienciales.

Los que conocen lo experiencial, por haberlo estudiado, concuerdan en que los resultados de las ciencias van transmutando sin cesar los problemas clásicos de la metafísica, planteándolos de una manera legítima y desmalezándolos de sus ergotismos seculares. Los metafísicos del porvenir desearán que sus sistemas de hipótesis sean la techumbre legítima del saber experiencial; pero no se ocuparán de techar edificios imaginarios, "chateaux-en-Espagne" de pura fantasía; no dudarán de que el edificio debe empezar por los cimientos, sin renunciar por ello a techarlo, y con la seguridad de que sólo así es posible techar edificio alguno, aunque sea provisionalmente, es decir, admitiendo la posibilidad de rectificaciones y perfeccionamientos.

Donde las ciencias no lleguen con sus hipótesis experienciales (41), *empezarán las hipóte-*

(41) Las ciencias tienden a reducir continuamente a leyes cada vez más generales los resultados de la experiencia, tales como podemos conocerlos; para ello se valen de hipótesis que

sis metafísicas, prolongándose legítimamente en lo inexperiencial.

Si bien se observa, los más de los filósofos, inclusive muchos de los que escribieron lo contrario, han puesto una vasta base experiencial a sus hipótesis metafísicas, dando así apariencias de validez a muchas de ellas; y es visible que el criticar las hipótesis ajenas han medido siempre su legitimidad por la exactitud atribuída a las nociones experienciales que les servían de fundamento (42). La causa de que sus hipótesis inexperienciales se divorciaran de los resultados experienciales, no fué filosófica ni científica, sino práctica: la presión del medio social y el deseo de no herir las creencias vulgares, la "hipocresía de los filósofos".

se someten al juicio de la experiencia ulterior, pues son implícitamente experienciales. De esa manera los primitivos resultados, caóticos e incoherentes, se van sistematizando en ciencias que aspiran a expresar en sus leyes las mismas relaciones que los fenómenos tienen en el universo.

(42) Conviene señalar que los adversarios de los métodos científicos *los usan* cuando pueden, aunque *dicen* lo contrario cuando polemizan; repiten, asimismo, todos los conocimientos experienciales que no pueden negar, aunque pervirtiéndolos con algunas adiciones de hipótesis ilegítimas que aun defienden. En esto de aprovechar al adversario, obran como esos locos que se suponen perseguidos por los médicos del asilo pero de vez en cuando les piden cigarrillos.

No es, pues, independientemente de la experiencia, sino partiendo de ella, cómo se elaborarán en el porvenir las hipótesis metafísicas. De esa manera constituirán algo más importante que el famoso estudio dialéctico del ser en sí, a que pretendieron reducirla algunos de sus cultores. En vez de convertirse en una modesta ontología, voluntariamente condenada a ser una ignorancia absoluta, la metafísica aspirará a parecerse a un irrealizable conocimiento absoluto, procurando acercársele mediante hipótesis inexperienciales.

En vez de divagar, como todas las antiguas, desde Aristóteles hasta Spencer, sobre "los primeros principios de todas las cosas", la futura metafísica procurará sistematizar "las últimas aproximaciones hipotéticas" a la explicación de todos los problemas inexperienciales.

*

Los métodos seguidos para formular hipótesis inexperienciales han tenido un valor muy diverso, alejando los unos de la verdad y acercando otros a ella. Independientemente de su opinión al respecto, los filósofos clásicos los

han usado conjuntamente, aunque en muy diversa proporción.

Entre los *métodos ilegítimos* usados para formular hipótesis inexperienciales, se encuentran dos grandes grupos, los *místicos* y los *dialécticos*.

Los métodos místicos (o sea, el dictado misterioso de la inspiración) presumen la posibilidad de que los problemas inexperienciales sean explicables mediante revelaciones que reciben algunos hombres extraordinarios, o mediante adivinaciones debidas a la posesión de misteriosas facultades de su entendimiento. Todas las metafísicas teológicas aceptaban la posibilidad de tales revelaciones o adivinaciones; pero la crítica religiosa ha reducido progresivamente esa posibilidad en el pasado, y todo hace creer que ningún filósofo del porvenir se atreverá a invocarlas como fundamento de nuevas hipótesis legítimas (43).

(43) El misticismo, como estado psicológico propio de la experiencia religiosa, no tiene la menor relación con la elaboración de hipótesis metafísicas legítimas; en el inexacto lenguaje usual suele decirse de los místicos que son metafísicos, cuando divagan o no saben explicarse con precisión. Los historiadores de la filosofía han coincidido concretamente en

Pertenecen al mismo género místico los métodos que definen la *intuición* como una "facultad" que permite conocer verdades por procedimientos ajenos a la razón y a la experiencia (44); cuando no se da a la intuición ese sentido, no difiere de la imaginación constructiva que elabora hipótesis partiendo de la experiencia.

Parece indudable que esos métodos místicos son ajenos a toda lógica y no permiten adquirir "conocimiento" alguno; tienen su función habitual en la formación de las creencias vulgares, generalmente ilegítimas. Las diversas corrientes intuicionistas, neoidealistas y neoespiritualistas contemporáneas, muestran una confianza muy limitada en el valor de tales métodos;

distinguir la especulación racional de los filósofos de la inspiración irracional de los místicos. Si no fuera así, en nada se distinguirían los filósofos de los místicos, ni la metafísica racional de la dogmática revelada.

(44) Sabido es que en la actualidad se usa la palabra "intuición" con una vaguedad que permite a cada intuicionista entenderla de una manera distinta; muchos polemistas suelen emplearla como sinónimo de "imaginación creadora", pero con la imprecisión necesaria para que los incautos la interpreten como una "adivinación mística", que permite a los ignorantes creer que pueden saber más que los estudiosos. Este equívoco es una forma de la consabida hipocresía.

aunque se inclinan a afirmarlo teóricamente, prefieren en la práctica los racionales y con frecuencia usan los experienciales (45).

Los métodos dialécticos (o sea, el uso dialéctico de la razón), tanto más refinados a medida que ha sido más difícil mentir, fueron heredados de la escolástica medioeval por los filósofos racionalistas. El "humanismo" fué un conglomerado histórico-literario con elegantes adornos de filosofía palabrista. Las humanidades tendían a ejercitar el ingenio en una elegante gimnasia espiritual, juego de imaginación y de retórica, que se desarrollaba principalmente en el comentario y la glosa del pensamiento de los antiguos. El objeto esencial de ese viejo humanismo no era enseñar a pensar bien, sino enseñar a hablar bien sobre lo que otros pensaron, sin renovar legítimamente los problemas y las hipótesis.

(45) Corroboran este modo de ver algunos polemistas que tienden a oponer el intuicionismo a las ciencias; cada día incorporan en sus disertaciones más nociones científicas, copiándolas de segunda o tercera mano, convencidos de que así sugieren su familiaridad con las ciencias que desacreditan. Típico es el caso de Bergson, cuya ciencia biológica asombra a las damas elegantes y hace reir a los versados en estudios biológicos.

Cuando las ciencias y las letras se separaron de la filosofía, esta última siguió oscilando entre los métodos de las primeras y los métodos de las segundas, tornándose cada vez más racionalista y logizante. El culto de la "razón" permitió que algunos equivocaran a ésta con "espíritu" y con "alma", sin perjuicio de que otros se refirieran a las "aptitudes mentales", en un sentido que no excluía su origen o variación experiencial (46).

*

Exceptuando algunos filósofos que preconizan una vaga adivinación bajo el nombre de "intuición", y otros que todavía creen posible la "revelación" de ciertas verdades, los demás se in-

(46) La palabra "razón" no puede ya usarse para hablar con claridad, pues sin previa explicación no se sabe si se refiere a la aptitud nativa o a su desenvolvimiento por la experiencia, que no son lo mismo.

La distancia a que podemos ver una mariposa sobre la línea del más lejano horizonte depende de nuestra agudeza visual y del lente de que disponemos para reforzarla. La agudeza es la aptitud; la ilustración es el lente. A igualdad de agudeza, se ve menos sin lente; a igualdad de lente, se ve más con mayor agudeza. Y, desde luego, a quien le falta la agudeza... no pierda el tiempo en fabricarse el lente.

clinan a dar a sus métodos la legitimidad relativa que es el desiderátum de toda lógica.

Si alguien hablara hoy claramente de aquellas "dos verdades" de los renacentistas, haría reir. Todos aspiramos, en cada problema legítimo, a aproximarnos a una verdad; aunque profesemos teorías del conocimiento muy distintas, practicamos métodos cada vez más convergentes: la observación, el experimento, la duda metódica, la hipótesis, la crítica, partiendo de lo accesible a nuestra experiencia actual para abordar los problemas más distantes de ella y que consideramos inexperienciales.

Los *métodos legítimos* en suma, se reducen: a dudar metódicamente de los resultados de la experiencia (observación y experimento, siendo este último una observación previamente condicionada), en el supuesto de que ella sea falaz o incompleta; a formular (por la reflexión y la imaginación) hipótesis para explicar esos resultados y condicionar su contraprueba; a criticar (por la lógica) esas hipótesis, para determinar su legitimidad en concordancia con todos los resultados de la experiencia. Este proceso metodológico establece una continuidad natural

entre las hipótesis científicas (47) y las hipótesis metafísicas.

Si no hay dos verdades posibles, distintas por su esencia, es ilegítimo suponer que existan dos

(47) Entre las hipótesis científicas deben distinguirse las ilegítimas de las legítimas; creo que el hábito de la crítica científica es un antecedente necesario para la crítica metafísica, pues el que no ha aprendido a valorar la legitimidad de una hipótesis experiencial nunca podrá valorar la de una inexperiencial.

Las hipótesis científicas son obra de la imaginación del sabio y no de la fantasía del ignorante. aunque a las dos cosas suele llamarse intuición. Son instrumentos provisorios que las ciencias utilizan para interpretar los resultados de la experiencia o generalizarlos más allá de lo conocido, y su valor se mide por dos circunstancias: la cantidad de fenómenos que ellas permiten explicar y su concordancia con los demás datos o hipótesis científicas que con ellas se relacionan.

Esto, que es notorio, implica tres posibilidades.

1.º La hipótesis se convierte en ley si la experiencia la confirma en todas sus partes. Ejemplo: Euler formuló en 1746 la hipótesis que las ondas luminosas podían ejercer alguna presión sobre los cuerpos que iluminaban; en 1873 esa hipótesis tuvo un comienzo de confirmación en los trabajos de Maxwell sobre el origen de la electricidad; en 1878, Bartoli sostuvo que la hipótesis era igualmente exacta para todas las radiaciones; Maxwell calculó el valor de esa presión; en 1900 Lebedell, Nichols y Hull llegaron a medir experimentalmente esa "presión de radiación", coincidiendo con el cálculo de Maxwell.

2.º La hipótesis evoluciona si la experiencia la rectifica. Ejemplo: Lamarck formuló la hipótesis que la causa de la

métodos lógicos esencialmente distintos para determinar la legitimidad de las hipótesis experienciales y de las inexperienciales.

*

Antes de examinar sus condiciones de legitimidad, conviene precisar que las hipótesis metafísicas se ditinguen de las científicas por el carácter inexperiencial de los problemas que se proponen explicar. *Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la demostración experiencial*, que presuponen posible (48); *las hipó-*

variación de las especies era la variación de las condiciones del medio; Darwin formuló otra que atribuía la variación a la selección natural; la experiencia hizo variar la hipótesis darwiniana en el sentido de la lamarckiana, con las observaciones de De Vríes sobre las variaciones bruscas, que han consolidado y perfeccionado el transformismo de Lamarck y Darwin.

3.º La hipótesis desaparece si es contradicha por la experiencia. Ejemplo: Filolaos, partiendo del aritmetismo pitagórico, enunció la hipótesis lógica de que debía existir un décimo cuerpo celeste, invisible, la anti-tierra o Antictonia, necesario para completar el número perfecto, la Década pitagórica; de esta hipótesis, fundada en razones puramente lógicas, cuyo error ha demostrado la experiencia, no queda rastro alguno en los sistemas cosmológicos postcopernicanos.

(48) Por ejemplo: la hipótesis científica de Swante Arrhenius sobre la naturaleza del núcleo central y el espesor de la corteza sólida de la Tierra, se consideró *legítima* porque se fundó sobre el estudio de los temblores, pero, al formularla, su validez se consideró subordinada a los resultados de nuevos estudios seismológicos.

tesis metafísicas sólo aspiran a ser lógicamente legítimas, sin que se considere posible su demostración experiencial (49).

Eso permite una precisa *distinción entre las ciencias y la metafísica.* Las ciencias formulan hipótesis experienciales para explicar problemas experienciales; la metafísica formula hipótesis inexperienciales acerca de problemas inexperienciales. La perennidad de lo inexperiencial implica la imposibilidad de que las ciencias lleguen a sustituir la metafísica, dado que siempre persistirán problemas inexperienciales.

La *diferencia entre la lógica científica y la lógica metafísica* no consiste en sus métodos sino en su finalidad; la primera se propone ser un arte de probar, objeto que la segunda no puede proponerse, limitándose a ser un arte de

(49) Por ejemplo: la hipótesis metafísica de Clausius sobre la muerte del universo por la transformación definitiva de todas las formas de energía en calor (*warmetod*), es *legítima* porque se funda en los resultados actuales de la física; pero al formularla su validez se considera puramente lógica y no subordinada a ninguna demostración experiencial. Cuando nuevos resultados de la física hicieran inverosímil o inexacto que la energía del universo es constante y que su entropia tiende hacia un máximum, la hipótesis dejaría de ser lógicamente *legítima.*

legitimar. La científica es una lógica de lo experiencialmente demostrable; la metafísica es una lógica de lo experiencialmente indemostrable.

Violentando mi deseo de no complicar estas reflexiones con originalidades de lenguaje, no debo ocultar que algunos términos nuevos permitirán hablar con claridad de este difícil tema. Podría decirse — por ejemplo — que las hipótesis científicas son *lógicas* y las metafísicas *metalógicas;* o que los problemas experienciales son accesibles por *hipótesis* científicas y los problemas inexperienciales mediante *hiperhipótesis* metafísicas. Usando esos términos diríamos: *la metafísica del porvenir será un sistema de hiperhipótesis que partan de lo lógico experiencial para explicar lo metalógico inexperiencial.*

*

Las hipótesis metafísicas no pueden enunciarse como juicios asertivos, sino como juicios de probabilidad. Su exactitud es indemostrable por la experiencia, pero su legitimidad es lógicamente demostrable; por esto último las hipótesis pro-

puestas como explicaciones de un mismo problema pueden tener distinta legitimidad (50).

Me parece que ciertas condiciones de validez pueden provisoriamente ser formuladas como sigue:

La legitimidad de toda hipótesis metafísica, en cuanto es un juicio sintético de probabilidad, está condicionada por la suma de conocimientos analíticos en que se funda.

La legitimidad de toda hipótesis inexperiencial, en un momento dado, está condicionada por su concordancia con los resultados considerados menos inseguros en el dominio experiencial excedido por esa hipótesis.

La legitimidad de toda hipótesis inexperien-

(50) Es legítima esta hipótesis inexperiencial: que en la superficie de otros planetas podría existir materia cuya forma de equilibrio posea las propiedades de asimilación y reproducción que en la superficie de la Tierra caracterizan a los seres vivos.

Es menos legítima esta hipótesis inexperiencial: que esas formas de equilibrio sean idénticas a las faunas y floras terrestres.

Es mucho menos legítima esta hipótesis inexperiencial: que entre esas formas de equilibrio algunas sean idénticas a la especie humana que vive actualmente en la Tierra.

Es ilegítima esta hipótesis inexperiencial: que existan en otros planetas seres humanos que hayan leído el "Discurso sobre el método" de Descartes.

cial es provisoria, en cuanto la variación de sus premisas experienciales puede determinar el desplazamiento del problema y de sus explicaciones legítimas (51).

La legitimidad de toda hipótesis inexperiencial está subordinada a su no contradicción con otras hipótesis inexperienciales igualmente legítimas en otros dominios experienciales por ellas excedidos (52).

Esos sencillos postulados, y otros similares, permitirán constituir una lógica de lo inexperiencial, cuya función sea *determinar la legitimidad* de las hipótesis que se consideran experiencialmente indemostrables.

(51) En cada época, al fundarse sobre una experiencia más vasta, las hipótesis metafísicas asumen caracteres distintos, variando su fondo no menos que su forma. Hay diferencias entre el vitalismo de Pitágoras y el de Claudio Bernard; las hay también entre el mecanismo de Thales y el de Le Dantec. La causa es sencilla: la diversa amplitud de la experiencia en que se fundan permite plantear en forma cada vez menos equívoca los problemas que intentan resolver. Al mismo tiempo esas variaciones son necesarias para aumentar la legitimidad de las hipótesis, mejorando su posición conforme al cálculo de probabilidades.

(52) Por ejemplo: me parece evidente la necesidad de renovar alguna hipótesis de la cinemática para que ésta concuerde con las hipótesis legítimas de la teoría electromagnética y se armonice con el principio de la relatividad.

No necesito insistir en que, al revés de una lógica de la razón *pura*, que se propone la demostración racional de hipótesis racionales, será una lógica de la razón *humana*, que se propondrá establecer la legitimidad experiencial, es decir, humana, de las hipótesis inexperienciales.

*

Una causa fundamental se opone a que la lógica de lo inexperiencial llegue a ser perfecta.

El razonamiento metafísico que lleva a los hombres a formular una hipótesis sobre un problema que excede a la posibilidad experiencial, no puede ser perfecto porque sus términos son *relativos e imperfectos*, como el conocimiento experiencial de que provienen. Sólo podría concebirse la posibilidad de una lógica perfecta de lo inexperiencial, si el razonamiento metafísico usara términos invariablemente perfectos, es decir, *absolutos*, en cuanto a su perfección; en este caso me parece evidente que el grado de legitimidad de una hipótesis inexperiencial podría determinarse conforme al cálculo de las probabilidades.

Semejante supuesto es falso y no hay posibilidad de establecer términos perfectos para usarlos en los razonamientos destinados a elaborar hipótesis metafísicas.

No me parece que el ejemplo de la lógica matemática pueda sugerir, por analogía, normas o criterios utilizables en la determinación de la legitimidad de las hipótesis inexperienciales.

He estudiado mucho este punto y he reflexionado sobre él sin resultados que me satisfagan.

La matematización filosófica de la naturaleza, en el tipo de las doctrinas pitagóricas o platónicas, me parece un simple juego de imaginación, absurdo en todo sentido. Nada más distinto de ella que el moderno concepto de la matematización lógica, que concibe las relaciones entre los fenómenos experienciales como susceptibles de reducción a las leyes que rigen las combinaciones numéricas o geométricas.

La lógica matemática no se propone resolver problema alguno metafísico; es esencialmente científica y sólo se refiere a relaciones experienciales, aplicables a toda experiencia actual y posible. Los razonamientos matemáticos no operan con términos reales perfectos, sino con términos abstractos que se formulan convencional-

mente como si fueran perfectos; eso les permite ser sistemas de relaciones perfectas entre términos perfectos (53).

A pesar de ello no me parece imposible que se llegue a introducir en la lógica de lo inexperiencial algunas normas similares a las que se aplican con éxito en el cálculo de las probabilidades.

(53) Suele afirmarse que el razonamiento matemático ofrece el tipo absoluto del razonamiento perfecto, aunque en realidad sólo representa su tipo menos imperfecto. Prescindiendo de esto, debe tenerse en cuenta que esa perfección absoluta sólo se refiere a las *relaciones* entre términos de un razonamiento cuya perfección es irreal. En el razonamiento metafísico los términos son siempre reales y necesariamente imperfectos, pués los condiciona nuestra experiencia humana; por eso no es concebible un sistema de relaciones perfectas entre términos imperfectos.

§ VII. — LA METAFÍSICA DEL PORVENIR.

Objeto de la metafísica. — Universalidad. — Perfectibilidad. —Antidogmatismo. — Impersonalidad. — Continua formación natural.

Establecida la naturaleza de los problemas inexperienciales y las condiciones lógicas de las hipótesis legítimas, la metafísica del porvenir no se presenta como una pura síntesis de las ciencias, en el sentido del positivismo, ni como una vaga adivinación independiente de ella, en el sentido del misticismo. Siendo lo inexperiencial el objeto de sus hipótesis, permanece fuera de las ciencias; estando lo inexperiencial condicionado por lo experiencial, la legitimidad de sus hipótesis no es independiente de las ciencias. Podría, en suma, llegarse a una definición cuyos términos sean inequívocos: *la metafísica tiene por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales.*

Las hipótesis que convergen a una explica-

ción armónica y coherente de lo inexperiencial, constituyen un *sistema metafísico*. Puede concebirse que la metafísica del porvenir estará *en formación continua* y presentará algunos caracteres necesarios: la universalidad, la perfectibilidad, el antidogmatismo y la impersonalidad.

*

1.° Será una superación de todas las formas de experiencia, pues todas lindan con problemas inexperienciales, y de ello provendrá su *universalidad*. Los dominios de la metafísica serán más vastos que los asignados a ella en los sistemas del pasado, no porque se reduzca el área de lo experiencial, sino porque el aumento de los conocimentos experienciales permitirá plantear mejor los problemas que lo exceden y engendrará la posibilidad de multiplicar las hipótesis legítimas que intentan explicar lo inexperiencial (54).

(54) El sentido en que afirmamos esta "universalidad" nada tiene que ver con la famosa "investigación de lo absoluto" de que hablan siempre, sin empezarla nunca, los que ignoran lo relativo y no quieren tomarse el trabajo de estudiarlo.—Lo Absoluto, como "Ser Absoluto", que existe en sí

2.° Otro carácter será la *perfectibilidad* ilimitada de las hipótesis metafísicas y la sustitución de los sistemas cerrados por un sistema abierto, en formación continua.

En el pasado las hipótesis han podido formularse como *verdades* fijas, definitivas y perfectas, porque no se afirmaba su fundamento experiencial; en el porvenir deberán concebirse como *aproximaciones* perfectibles, pues siendo variable el conocimiento experiencial, tienen que ser-

y por sí, como esencia de lo relativo, no es un problema, sino una variante de la hipótesis de Causa Primera, compatible con todas las formas de monismo y de panteísmo.—Como antítesis de lo relativo y contingente, lo "absoluto" es una abstracción, que no se refiere al Ser sino a los atributos. —Con decir que lo experiencial es lo relativo y que lo inexperiencial es lo absoluto, no adelantaríamos nada; sería substituir dos palabras claras por dos palabras que no lo son.—En otros sentidos, "absoluto" equivaldría a "transcendental", a "noumenal", etc.: más palabras.—Si se afirma que el hombre sólo puede conocer lo relativo, la hipótesis de que pueda existir un absoluto trascendental es ilegítima, por contradictoria con todos los resultados de nuestro conocimiento experiencial.—Creo que en lo Absoluto sólo puede verse un atributo de la hipótesis de Causa Primera, desprendido de ella y constituído ilegítimamente en hipótesis autónoma. —No es, en ningún caso, un falso problema; es una hipótesis ilegítima.

lo las hipótesis inexperienciales que lo tomen como punto de partida (55).

*

3.° Un carácter lógicamente derivado del anterior será el *antidogmatismo*, en el sentido histórico (56) de la palabra dogma: verdad reputada absoluta e infalible, que excluye toda posibilidad de rectificación.

Desde este punto de vista, todas las hipótesis

(55) Hace diez años, refiriéndome a la posible constitución de una filosofía científica como pura y simple "metafísica de la experiencia", he expresado que sólo la concebía como "sistema de hipótesis, fundado en las leyes demostradas por las experiencias particulares, para explicar los problemas que exceden a la experiencia actual o posible". (Es decir, inexperienciales).

"Será un sistema en formación continua; tendrá métodos, pero no tendrá dogmas. Se corregirá incesantemente, conforme varíe el ritmo de la experiencia".

"Elaborada por hombres que evolucionan en un ambiente que evoluciona, representará un equilibrio instable entre la experiencia que crece y las hipótesis que se rectifican".

No podría escribir, hoy, palabras que expresen más correctamente mis ideas sobre este punto.

(56) La oposición de "escepticismo" y "dogmatismo" en cuanto al problema especial del valor del conocimiento, es otra cuestión; ambas posiciones me parecen lógicamente justificables. Es de advertir que si se hablara un lenguaje preciso llegaría a convenirse en que todos los filósofos de todas las escuelas deberían ser escépticos en metafísica, por la naturaleza misma de las hipótesis inexperienciales.

inexperienciales del porvenir serán esencialmente críticas, es decir, rectificables y perfectibles en cuanto presenten contradicciones con los resultados experienciales. Ello no significará, en manera alguna, que deban ser trascendentales, sino hipotéticas (57).

Creo, en suma, que se acentuará la tendencia a quitar el carácter de afirmaciones "*ne varietur*" a las hipótesis que se enuncien. La tolerancia de las opiniones filosóficas que no concuerden con las creencias vulgares será mayor cada día; es creíble que en el porvenir disminuya el número de hipótesis ilegítimas impuestas por principio de autoridad y con ello decrecerá la posibilidad de incurrir en nuevos dogmatismos.

*

4.° Así como las ciencias se vuelven cada día menos individuales, colaborando en su resulta-

(57) El hábito de ver unidos los términos "crítica" y "trascendental" nos ha acostumbrado a mirar como complementarias dos condiciones que son antitéticas. Lo que se concibe como trascendental no es susceptible de crítica; una "razón pura" accesible a la "crítica" de la razón humana, no sería trascendental. A menos de creer que también la "crítica" puede ser "trascendental", en cuyo caso no podrían realizarla los hombres por no poseer "razón pura", sino "razón humana"

do un número mayor de hombres competentes, creo que la elaboración de hipótesis metafísicas legítimas se caracterizará por una creciente *impersonalidad.*

Esto no podía concebirse cuando se formulaban sistemas perfectos e invariables, con un criterio estético, como si se redactaran poemas. Lo individual será la crítica y la variación de una o más hipótesis, aunque los hombres de mayor ingenio y saber sean los que de tiempo en tiempo den un empujón más vigoroso al conjunto. Esto no excluye que las mayores variaciones sean en el porvenir la obra de grupos o escuelas, que colaborarán a la legitimación creciente de las hipótesis entre sí, opinión en que ya concuerdan muchos estudiosos que profesan doctrinas antagonistas (58).

*

(58) Me parece que las hipótesis metafísicas del porvenir (en el supuesto de una igualdad de aptitudes y experiencia de sus autores) podrán ser cada vez más legítimas, o menos inexactas. En el pasado no se observa eso mismo, pues, además de las variaciones de la ecuación personal, ha influido poderosamente la coacción del medio, determinando la hipocresía de los filósofos.

La metafísica dejará de ser un bello mosaico de inexactitudes y los metafísicos no usurparán el dominio propio de los poetas. Su imaginación creadora trabajará sobre los datos de una experiencia actual, infinitamente más vastos que los conocidos por todos los metafísicos clásicos (59).

Todo bosquejo personal será un tanteo o una etapa provisoria hacia otros bosquejos incesantemente perfectibles, con lo que se llegará a concebir la metafísica legítima como *una continua formación natural.* Creo que si en el siglo XXI algún poeta incurriese en la originalidad de construir un sistema de pura fantasía, su obra sería estimada por su valor literario, pero carecería de lugar propio en la historia de la filosofía.

¿Un sistema de hipótesis en formación continua, universal, perfectible, crítico, impersonal, merece conservar el nombre de "metafísica"?

(59) Si se considera que la vida mental lúcida tiene en la especie humana un límite máximo, que no tiende a aumentar, es presumible que la aparición de grandes filósofos sea cada vez más rara, por la incesante ampliación de los conocimientos experienciales que serán el antecedente de las hipótesis inexperienciales.—Es posible que, en los últimos cincuenta años, esto haya contribuído a la crisis de la metafísica.

Creo que ninguno le corresponde mejor, en el doble sentido etimológico e histórico.

Es indudable que los positivistas y los místicos, que disputan la preeminencia en las universidades y en la moda, tendrán mucha dificultad para adaptarse al nuevo sentido que la "metafísica" irá adquiriendo, distinto siempre y con frecuencia antagónico del que tuvo para unos y otros durante el siglo XIX.

§ VIII. — EL LENGUAJE FILOSÓFICO.

El vocabulario filosófico. — Renovación del léxico filosófico. — Sentido inequívoco de los términos. — Relaciones perfectas y términos perfectos.

Quien comienza a estudiar filosofía se sorprende de las heterogéneas y contradictorias acepciones con que suelen usarse las palabras del *vocabulario filosófico;* el que resiste, y sigue estudiando, pierde la mitad del tiempo en comprender las palabras que cada filósofo emplea. Los diversos lexicólogos no han podido uniformar el arte de descifrar esos nebulosos jeroglíficos. La falta de clave homogénea impide el progreso de estos estudios, dejando a cada filósofo la libertad de pronunciar palabras que los demás entienden cada uno a su manera. ¿Dicen lo mismo los que hablan de razón, idea, realismo, categoría, intuición, espíritu, energía, espacio?

No es solamente el problema de los *idola fori* baconianos (tiranía de las palabras sobre el pen-

samiento, en cuanto acaba por mirarse como realidades a las palabras que se crean: posición crítica vecina del nominalismo); es también el problema de que un lenguaje no sirve ya a sus fines cuando la significación de las palabras que lo componen deja de ser uniformemente comprendida, acercándose a la legendaria confusión de las lenguas en la torre de Babel.

Todo idioma es, por definición, impersonal: ningún hombre cuerdo pronuncia palabras sino para hacerse comprender de otros. Sin embarbo, basta leer una polémica filosófica para advertir que será imposible entenderse mientras se use la actual jerga filosófica; si los que creen contradecirse entraran a explicar el sentido que dan a cada palabra usada, no sería raro que se sorprendieran habiendo dicho lo mismo, y viceversa.

*

La *renovación del léxico filosófico* no es tarea fácil. ¿Podría un Congreso imponer un "esperanto" especial a los profesores de filosofía? ¿Renunciarán los de cada país a usar la terminología especial de sus compatriotas más célebres? ¿Un hombre de genio podrá hacer una

transformación tan útil que nadie se resista a adoptarla? ¿Se extenderá a la metafísica el lenguaje de las ciencias?

Son demasiados problemas, que me limito a enunciar. Pero la solución es imposible mientras no cese la hipocresía de los filósofos y no se libren éstos de los *idola theatri.*

Sin sustituir por términos precisos la vaga terminología de los clásicos, será imposible plantear con exactitud los problemas metafísicos, condición preliminar para que ellos puedan ser hipotéticamente resueltos. Plantearlos bien, importa evitar la mayoría de las hipótesis ilegítimas (60).

En el terreno puramente conjetural, considero posible que una escuela, capaz de realizar una

(60) En el lenguaje escolástico *Natura naturante* es sinónimo de *Dios como causa inmanente.* ¿En qué se distingue esa *natura naturante* de la Naturaleza de los filósofos naturalistas? ¿En qué del panteísmo? ¿En qué del ateísmo? Y ¿en qué distinguiríamos a *Dios* (como *causa inmanente*) de la causalidad natural, de la Causa Primera, de las Leyes Naturales? La única expresión exacta de la hipótesis escolástica sería la siguiente: "Existencia de un creador inteligente que ha creado de la nada un universo distinto de él mismo"; los que han preferido hablar de la *Natura naturante* lo han hecho por hipocresía; pues permite no afirmar (lo que no se cree) ni negar (lo que creen los demás).

renovación total de la filosofía, consiga imponer a sus sucesores un nuevo vocabulario filosófico, en que cada término sólo tenga una acepción precisa y en que se excluyan todas las acepciones figuradas.

No creo que esto traiga inconveniente alguno para la historia de la filosofía. Actualmente el idioma de cada filósofo es traducido por cada comentarista a su lenguaje personal, causando la disparidad de las interpretaciones (61); del otro modo se economizaría mucho trabajo, por cuanto bastaría una sola traducción, de acuerdo con el nuevo léxico uniforme.

Acaso sea inútil querer "explicar" el sentido que en la mente de sus autores tuvieron muchas hipótesis pasadas, intraducibles al léxico del porvenir; todas las que ya se consideran ilegítimas no necesitan salir de su expresión clásica y deben relegarse a la historia de la filosofía, que es un género de las ciencias históricas y no una disciplina metafísica.

*

(61) Cuando un historiador de la filosofía dice que X fué idealista, sabemos menos que antes, si él no ha precisado el sentido que da a la palabra idealismo.

Al decir que una ciencia es un idioma bien construído, sin agregar que ese juicio es figurado, se entiende expresar este hecho fundamental que suele pasar inapercibido: la validez de una proposición depende del *sentido inequívoco de los términos*. Así expresado, podemos extenderlo a todo problema o hipótesis inexperiencial.

La exactitud de todo proceso lógico está condicionada por la exactitud de los términos. La imperfección del lenguaje científico, y la mayor del lenguaje filosófico, depende de que sus términos tienen su origen en las experiencias necesariamente imprecisas de nuestros sentidos imperfectos; con términos imperfectos no ha sido posible construir una lógica perfecta.

La posibilidad de una lógica cuyos términos sean perfectos sólo ha sido posible mediante abstracciones cuyo valor ha podido fijarse convencionalmente. Tal es el caso del lenguaje matemático, cuyos términos son valores convencionales; como ellos han sido fijados por los hombres, para que les sirvan, han podido hacerlo con perfección creciente: los términos de los razonamientos matemáticos son símbolos perfectos abstraídos de experiencias imperfectas, y todas sus conclusiones se limitan a expresar re-

laciones entre esos símbolos. Pueden aplicarse a objetos, pero nada expresan de éstos mismos, sino de sus relaciones.

*

Es evidente que un lenguaje de este género sería ideal para expresar todos los conocimientos e hipótesis posibles.

Pero no debemos olvidar que éstos han tenido su origen en datos de la experiencia, que siempre ha sido imperfecta; los conceptos relativos a las cosas y no a sus relaciones, han sido abstracciones de una imperfecta experiencia y eso ha hecho fracasar todo proyecto de llegar a una lógica pura combinando términos impuros (62), pues *de las relaciones perfectas entre términos imperfectos no puede llegarse a conclusiones perfectas.*

Mientras lo experiencial no se exprese en términos perfectos (a lo que debe aspirar el

(62) Han pretendido satisfacer este deseo todos los sistemas de *categorías* (desde Kanada y Gotama hasta Port Royal y Kant) que clasificaron cosas, palabras, conceptos o juicios; huelga decir que ninguno de ellos, aparte de su interés histórico, posee el más mínimo valor lógico. Recuérdese el aparato mecánico de razonar, fabricado por Raymundo Lulio.

lenguaje de las ciencias) no es concebible que pueda expresarse en términos perfectos lo inexperiencial (a lo que debe aspirar el lenguaje de la metafísica). Una aproximación a ese ideal es deseable; el primer paso sería remplazar el viejo léxico incomprensible por otro comprensible; comprendiéndolo, sería más fácil corregir progresivamente sus imperfecciones (63).

(63) Creo que hay un poco de *farsa* voluntaria en el lenguaje obscuro de ciertos filósofos; algunos hablan "en difícil" para disimular su ignorancia, y otros para que los profanos confundan la incomprensibilidad del lenguaje con profundidad del pensamiento.—No me parece imposible expresar las ideas claras en lenguaje sencillo; toda obscuridad y complicación se me hace sospechosa "*Simplex sigillum veri*".

§ IX. — LA ARQUITECTÓNICA.

Ilegítima oposición de las ciencias a la metafísica. — Disgregación de la filosofía en géneros científicos. — La distinción entre ciencias morales y ciencias naturales. — Formación natural de la experiencia. — Problemas que exceden a todos los géneros experienciales. — La metafísica será el único género filosófico.

En su origen, la filosofía fué un saber universal. Al distinguirse dentro de ella, la metafísica conservó ese carácter y fué concebida como una superciencia de lo inexperiencial, dejando a la física, su gemela, todo lo experiencial, es decir, todas las ciencias (64).

(64) La experiencia humana tiene un solo resultado natural: conocer la realidad para adaptarse a ella. Las ciencias se forman naturalmente por la división del trabajo, según los diversos aspectos con que los fenómenos se presentan a nuestra experiencia. Los fenómenos se agrupan por sus semejanzas; cada grupo tiende a ser el objeto de una ciencia especial y adopta la técnica más favorable a su adelanto, es decir, la que rinde más con menos esfuerzo. La división de las ciencias, aunque artificial, no es arbitraria; al dividir la unidad cosmológica en partes, los hombres sólo se proponen hacer más fácil el estudio de todo lo que en ella es experiencial.

A medida que los resultados de la física fueron contradiciendo a ciertas hipótesis metafísicas, los que creyeron necesario "salvar" a éstas, en vez de sustituirlas por otras más legítimas, se inclinaron a poner la filosofía *fuera* de las ciencias y no *sobre* ellas, preparando la consabida hipocresía de las dos verdades.

En el Renacimiento se acentuó la *ilegítima oposición de las ciencias a la metafísica,* tocándole a ésta soportar la complicidad de la teología. Sólo en parte consiguieron los filósofos librarla de este fardo, no sin pena; pero no atreviéndose a contradecirla, porque ello no estaba exento de peligros, decidieron buscar en los dominios de la razón un terreno ambiguo que permitiera vivir en paz con las teologías absurdas y con las ciencias peligrosas.

*

En la imposibilidad de salvar esa dificultad, siempre renaciente, se inició en el siglo XVIII y se completó en el siglo XIX la *disgregación de la filosofía*, que dejó de ser la ciencia universal, para convertirse en un grupo de ciencias con objetos y fines particulares.

Todas las ramas del derecho natural se desprendieron, para no volver a figurar en ella; la teodicea fué desapareciendo de los tratados y programas filosóficos. De aquéllas y de ésta nacieron las ciencias jurídico-sociales y las ciencias de las religiones, esencialmente positivas y ajenas a toda especulación metafísica (65).

La lógica, la ética y la estética han iniciado ya su constitución como *ciencias*, con objetivos netamente experienciales: históricos, normativos, etc. Y aunque los especialistas de cada una hacen cuestión de vanidad personal al discutir la jerarquía de estos géneros entre sí, los no especialistas convergen a afirmar que son "ciencias psicológicas", mirando la experiencia lógica, la experiencia estética y la experiencia moral como aspectos diferenciados de la experien-

(65) Lo que actualmente se llama "filosofía del derecho" es una teoría general del derecho, una historia de su evolución, una metodología general de las ciencias jurídicas, etc., según los casos; nunca es una "metafísica del derecho", carácter siempre implicado por el clásico derecho natural.— Las "ciencias de las religiones" son ciencias de erudición; no se ocupan de problemas metafísicos y su objetivo es histórico, es decir, experiencial. Las diversas apologéticas no son ciencias, sino lógicas deliberadamente sofísticas, en cuanto no se proponen investigar verdades, sino adiestrar para la prueba de las ya afirmadas dogmáticamente.

cia, en su triple aspecto específico, social e individual.

Los problemas no experienciales de las ciencias psicológicas tienden a ser relegados a la metafísica, aunque esa tendencia no es neta todavía; los especialistas de cada una de esas ciencias gustan de abordar las hipótesis metafísicas que exceden su propio campo experiencial, lo que es legítimo mientras no incurren en el error de creer que su parte de la metafísica es toda la metafísica (66).

*

Careciendo de una noción exacta de lo que es ciencia y de lo que es filosofía, muchos han temido que esta última desapareciese por su disgregación en diversas ciencias. Por la imposibi-

(66) Los filósofos racionalistas se han inclinado en todo tiempo a mirar los problemas lógicos como toda la metafísica, o como su parte esencial. Esta visión estrecha, que tiende a reducir la metafísica a los diminutos límites de una gnoseología, es producto del triste especialismo que siempre ha esterilizado a los cultores de la lógica, lo mismo que a los especialistas de otras ciencias; es indudable que los problemas metalógicos son los que permiten hablar más sabiendo menos, aparte de que la susodicha restricción de la metafísica permite ignorar todos los demás problemas metafísicos y no opinar sobre los más comprometedores.

lidad de precisar el carácter propio de una metafísica no contradictoria con las ciencias, y acaso temiendo las consecuencias de renunciar a hipótesis probadamente ilegítimas, se difundió la cómoda costumbre de llamar "ciencias morales" o "ciencias del espíritu" a las que actualmente florecen sobre gajos desprendidos del clásico tronco filosófico. Ello permitió constituirlas como ciencias, sin pronunciarse sobre los correspondientes problemas metafísicos; en cambio, ha permitido suponer que no eran ciencias como las demás (puesto que se referían al alma o al espíritu y no al cuerpo o a la materia), dejando creer que ellas se sustraían a ciertas condiciones metodológicas de cuya legitimidad nadie necesita dudar en las otras ciencias.

Insisto en el carácter intencional de ciertas posiciones filosóficas, pues creo que, en general, ellas no representaron errores sinceros sino hábiles subterfugios para eludir las cuestiones comprometedoras.

La *distinción entre ciencias naturales y ciencias morales* presentó ese carácter; su éxito dependió de que era cómoda para todos. ¿No es una capciosa transmutación de aquella grotesca patraña de las dos verdades, la filosófica y la

teológica, que nadie se atrevería a reeditar lisa y llanamente en nuestros días?

No concibo dos clases de ciencias y dos clases de métodos para investigar las verdades accesibles a nuestra experiencia; si las ciencias morales son ciencias, sólo difieren por su objeto de las ciencias físicas, biológicas, sociales, etc.; si difiriesen de ellas por su esencia, no serían ciencias. Ni morales ni inmorales (67).

Creo que están en camino de ser ciencias; todos los que las construyen proceden como si ellas lo fueran; todos los que las profundizan creen contribuir al "aumento de su dignidad" elevándolas hasta el nivel de las demás ciencias, por sus objetos y por sus métodos; y me parece evidente que esa evolución, iniciada en el siglo XIX, acabará en el siglo XX de purificarlas de su bazofia escolástica.

No se me oculta que en favor de la distinción

(67) Por uno de los *idola fori* más frecuentes, después de bautizar a las "ciencias morales" se ha llegado a creer que este nombre implica una condición, no diferente, sino antitética de las "ciencias naturales". ¿Querría ello decir que estudian experiencias ajenas a la naturaleza? ¿O que son "artificiales" por su contenido o por sus métodos? Creo que bastaría hablar con exactitud para disipar esa confusión entre una distinción nominal y una antítesis substancial.

actual — mantenida con análoga frecuencia en variados sistemas espiritualistas, positivistas, místicos y científicos — pesa cierto desprecio con que miran a las ciencias morales los cultores de las ciencias naturales, por la mayor persistencia en las primeras de antiguas hipótesis ilegítimas, y por el apego efectivo que a esta clase de hipótesis muestran muchos de sus cultores, preocupados por el temor de las "verdades peligrosas" (68).

Considero legítimo que las "ciencias psicológicas" formen grupo aparte, pero niego que ellas deban ser inferiores a las "ciencias biológicas", las "ciencias físicas", las "ciencias sociales", etc.; todas son, igualmente, "ciencias" e igualmente "naturales" (69).

(68) ¿Qué será de los "principios" tradicionales de la ética cuando se acepte que las verdades morales no difieren de las demás verdades naturales? La objeción, que inquieta a muchos, parte de esta hipótesis falsa: la "invariabilidad" de los "principios" de una moral "única". Creo que la sustitución de esa hipótesis ilegítima por otras, más conformes con la experiencia moral de las sociedades humanas, resolverá el inquietante problema; nadie ignora que la casi totalidad de los moralistas contemporáneos concuerda en concebir como *sociales, variables y múltiples* los fundamentos de la obligación y la sanción, que en otra época fueron considerados puramente teológicos o racionales.

(69) Cuando la distinción se hace entre "ciencias de la

*

El dominio experiencial de las ciencias psicológicas no es solamente humano. Abarca: el desenvolvimiento mental de todos los seres vivos en los que pueden observarse funciones psicológicas, las interdependencias psicológicas comunes a los grupos o sociedades animales y el desenvolvimiento mental individual, condicionado por la especie (herencia) y la sociedad (educación). Así concebidas, en un sentido más lato que el habitual, las ciencias psicológicas estudian

naturaleza" y "ciencias del espíritu" no se comprende en qué difieren estas últimas de las "ciencias psicológicas", desde que la psicología dejaría de tener un objeto si no tuviese el de estudiar las funciones del "espíritu".

Los cultores más leales de las "ciencias del espíritu" son los espiritistas, en cuanto identifican el espíritu con el alma y le conservan los atributos clásicos de ésta. Sabido es, sin embargo, que los cultores filosóficos de esas ciencias rehusan, injustamente, toda concomitancia con sus más sinceros y genuinos representantes.

Desgraciadamente este embrollo no es debido a simple ignorancia de lo que se dice, en cuyo caso sería disculpable. La separación de las ciencias del espíritu responde a fines conocidos: se desea sugerir que ellas no contradicen a ciertas creencias religiosas, sin decirlo explícitamente para no ponerse en ridículo.

los *diversos aspectos de la formación natural de la experiencia* (70).

En ese proceso se van diferenciando naturalmente diversas formas de experiencia: la experiencia lógica, la experiencia moral, la experiencia estética, cada una de las cuales constituye el objeto de una ciencia particular. Por lo que de ellas vemos ya, puede inferirse que la aplicación de métodos científicos, según un criterio genético, las elevará progresivamente al rango menos inexacto actualmente reservado a otras ciencias de la naturaleza.

*

Las ciencias psicológicas (que suelen llamarse "morales" o "del espíritu") dejarán a la metafísica el estudio de los *problemas que exceden a sus experiencias;* esos problemas sólo podrán ser objeto de hipótesis metafísicas, cuya legiti-

(70) Es, por consiguiente, filogenética (psicología comparada), sociogenética (psicología social) y ontogenética (psicología individual). No repetiré lo que ya he expuesto en los "*Principios de Psicología*", que he profesado hace diez años en mi cátedra de esta Facultad y que—en conjunto—me parece lo menos incompleto y menos inexacto que se ha escrito sobre la arquitectónica futura de esa ciencia.

midad dependerá, en cada momento dado, de su no contradicción con las experiencias respectivas.

Todas las otras ciencias, (que suelen llamarse "de la naturaleza"), presentan problemas que exceden a sus experiencias propias; todas contribuirán a enriquecer la metafísica, que será así un verdadero sistema integral de hipótesis explicativas de los llamados enigmas del universo (71).

*

Por esas razones, y por muchas otras conexas, creo posible prever que en el curso del siglo XX se continuará la transmutación ya iniciada en la arquitectónica de la filosofía, librándose de

(71) Considero que toda "filosofía del espíritu", cuando es lealmente espiritualista (y no un puro monismo idealista, metafísicamente similar al monismo materialista), es necesariamente una metafísica incompleta, en cuanto sólo puede proponerse ser un sistema de hipótesis metafísicas que exceden a las "ciencias del espíritu" y no se ocupa de las hipótesis metafísicas que exceden a las "ciencias de la naturaleza". Es seguro que muchos idealistas trascendentales, glosadores de Hegel, evitan con singular habilidad que se comprenda si son racionalistas a animistas, por el uso ambiguo de la palabra "espíritu".

géneros convertidos en ciencias, constituyéndose al fin como *género único*: *la metafísica.*

Ganará ésta en amplitud y precisión, constituida en *toda la filosofía,* comenzando a elaborar sus hipótesis en el punto mismo en que *todas las ciencias* fijen (en cada momento y provisoriamente) los límites de su horizonte experiencial. Y no habrá dos verdades contradictorias, ni verdades peligrosas, ni verdades sacrificadas, ni verdades perfectibles de la experiencia opuestas a las verdades absolutas del dogma o de la razón, sino un sistema armónico compuesto de leyes perfectibles y de hipótesis legítimas, incesantemente renovadas.

Sea cual fuere el dominio experiencial excedido por una hipótesis inexperiencial, no es admisible que ella pueda considerarse legítima mientras contradiga a otras hipótesis inexperienciales que se tengan por legítimas. Sin unidad no hay sistema; el ideal lógico de todo sistema metafísico será la convergencia de todas sus hipótesis inexperienciales hacia una cosmología legítima.

§ X. — LOS IDEALES HUMANOS.

Elaboración contínua de ideales. — Un ideal es un hipotético arquetipo de perfección abstraído de la experiencia. — Condiciones de legitimidad de los ideales. — Los ideales tienden a una progresiva universalidad.

Las ciencias psicológicas son normativas o pragmáticas, es decir, útiles para la vida. Mediante la experiencia lógica los hombres aspiramos a establecer preceptos que nos permitan investigar menos inseguramente la verdad; mediante la experiencia moral, preceptos que faciliten la práctica del bien; mediante la experiencia estética, preceptos que faciliten la comprensión de la belleza. Esas normas han sido en todo tiempo un resultado de la experiencia individual y social; las variaciones individuales, cuando han sido útiles, se han incorporado a la experiencia social, transmitiéndose hereditariamente de generaciones en generaciones.

Así se han formado y seguirán formándose — por un trabajo de la abstracción sobre la ex-

periencia — los numerosos ideales lógicos, morales y estéticos, que en cada tiempo han fijado normas prácticas a la verdad, al bien y a la belleza, constituyendo las transitorias "tablas de valores" de las diversas sociedades humanas. Ninguna ha sido permanente ni universal; ninguna lo será en los tiempos venideros. Resultados de la experiencia, variarán incesantemente mientras ella varíe; y los últimos metanthropos que pueblen este planeta, dentro de miles o millones de años, seguirán la *elaboración continua de ideales lógicos, morales y estéticos.*

*

La perfectibilidad infinita de la experiencia lleva a concebir que siempre existirán problemas que la excedan; para darles una solución, los hombres, excediendo a su experiencia, construyen hipótesis: las que se extienden a lo inexperiencial de las ciencias psicológicas — "morales" o "del espíritu" — suelen llamarse ideales.

Un ideal es, pues, un *hipotético arquetipo de perfección abstraído de la experiencia,* por un doble proceso: eliminación de las imperfeccio-

nes particulares y síntesis de las perfecciones generales. De esta manera se forman los ideales, verdaderos cánones de la experiencia lógica, moral y estética; su perfección depende de que sus elementos estén coordinados conforme a sus relaciones naturales. El ideal tiende a expresar una perfección de lo natural; y aunque carece de realidad actual, porque es una hipótesis, todo lo que siendo real se le aproxima, lo consideramos más próximo a la perfección en su género. Un razonamiento, una acción, un poema, parecen tanto más perfectos cuanto más se aproximan a los ideales lógicos, morales y estéticos que nuestra imaginación construye excediendo a nuestra experiencia actual.

Las ficciones imaginativas que no han sido elaboradas sobre la experiencia, y que no representan una perfección posible de lo real, no son ideales, sino quimeras ilusorias (72).

(72) Nada más distante de los ideales humanos que aquel ingenioso "prototypon trascendental" de la razón pura, que después de algunas proezas dialécticas se resolvió en llamar Dios al ideal de la perfección absoluta, sin perjuicio de sustraerle todos los atributos con que los hombres suelen adornar a sus divinidades. Esta ingeniosa hipocresía de Kant trae a la memoria que el famoso filósofo fué en su juventud profesor de pirotecnia, lo que parece haber dejado algún rastro en su dialéctica.

¿En qué diferirán esas hipótesis metafísicas elaboradas sobre las ciencias psicológicas, de las hipótesis metafísicas elaboradas sobre las otras ciencias? No veo, francamente, ninguna diferencia. Tan hipótesis serán las unas como las otras, y su común carácter metafísico consistirá en que no tendrán, ni pretenderán tener, prueba posible en el campo de las experiencias respectivas (73).

*

Siendo los ideales hipótesis inexperienciales acerca de una perfección posible, las *condiciones de legitimidad de los ideales* son las mismas que las de todas las restantes hipótesis metafísicas; están, como ellas, condicionadas por la experiencia y evolucionan en función del medio experiencial. Los ideales son hipótesis metamorales, metalógicas y metaestéticas, cuyo va-

(73) Todas las hipótesis metafísicas son *creencias*.

Lo importante es notar que el *valor lógico* que tienen las creencias está condicionado por la experiencia actualmente posible. Son *creencias legítimas* las que no la contradicen; las demás son *creencias ilegítimas*.

Por eso no es lógicamente lo mismo creer en unas u otras hipótesis, ni tener unos u otros ideales.

lor como instrumentos de acción está proporcionado a su legitimidad; los ideales más legítimos son los que concuerdan con el devenir de la experiencia; son anticipaciones hipotéticas de la realidad que deviene.

Cuanto más saben los hombres menos inexactos son sus ideales. Por eso ciertas utopías de los hombres más ilustrados han sido simples pronósticos de realidades venideras que los ignorantes no habrían podido concebir.

Creo que en el porvenir las hipótesis que llamamos *ideales* llegarán a formularse en perfecta armonía con las hipótesis que parten de todas las ciencias. Sólo así las hipótesis que intenten explicar lo inexperiencial dejarán de constituir dos géneros de verdades discordantes, una filosofía de la Naturaleza y una filosofía del Espíritu, readquiriendo la metafísica la unidad sintética que debe ser su aspiración más legítima.

*

Los ideales — como todas las creencias — no son universales. Cada individuo, grupo, clase, nación, raza, tiene una experiencia distinta y sobre ella elabora hipótesis de perfección necesariamente diversas.

Los ideales más legítimos sobreviven en la selección natural y son reconocidos como tales por los hombres que tienen una experiencia homogénea y elaboran sobre ella sus creencias comunes.

De allí nace el aspecto étnico, nacional, etc., que pueden revestir en ciertos momentos los ideales políticos, sociológicos y éticos: las creencias se inclinan en favor de ciertas hipótesis que se consideran más adaptadas al porvenir del grupo, es decir, más conformes con la experiencia futura, en cuanto ella puede inferirse de la presente.

Es a esto que — por extensión — suele llamarse filosofía nacional o pensamiento nacional; se trata solamente de los ideales colectivos, en su aspecto ético-político.

Habría evidente inexactitud en creer que pueden concebirse filosofías nacionales propiamente dichas, pues los problemas y las hipótesis metafísicas son necesariamente universales. Todo induce a pensar que, en la humanidad civilizada, *los ideales tienden a una progresiva universalidad.*

Por eso, más altos que los ideales políticos de grupo o nación, están los ideales éticos co-

munes a los hombres más cultos de todas las naciones; éstos forman ya una sociedad sin fronteras, presagiadora, acaso, de la fraternidad que, como un ideal lejano, podemos concebir para la humanidad entera, cuando en ésta, por la selección de lo heterogéneo regresivo y la educación de lo homogéneo progresivo, llegue a constituirse un residuo de homogéneo nivel mental.

Señor presidente de la Academia:

Señores académicos:

Los hombres de cada generación somos eslabones de una serie infinita; cumplimos nuestra función si aprovechamos el esfuerzo de la precedente y si contribuimos a preparar el trabajo de las que vendrán. Nada ha comenzado ni terminará en nosotros; no dudo que las generaciones venideras, con una experiencia menos imperfecta, podrán ignorar menos que nosotros y mirar con visión más clara los problemas que llamamos enigmas. Tengo la esperanza — no el temor — de que dentro de un siglo algún nuevo académico, al ocupar mi sillón, podrá referirse con benévola ironía a mis pronósticos sobre la filosofía del porvenir, sorprendiéndose de que yo no me hubiese emancipado totalmente de ciertos residuos metafísicos medioevales... No me parece imposible.

Es común que los hombres dejemos de creer en la vejez lo que más firmemente hemos pensado en la juventud; al disgregarse nuestra personalidad, que es una variación individual, van reapareciendo entre los escombros esos fantasmas ancestrales que representan la herencia de la especie y la rutina de la sociedad. No teniendo certidumbre alguna de contarme entre las excepciones, siempre raras, permitidme, Señores Académicos, que me anticipe a la hora temida y exprese mi fe optimista en la incesante perfectibilidad humana. Como hombre, creo que la humanidad futura será mejor que la actual, por la extensión de la Justicia entre los pueblos; como argentino creo que la nacionalidad futura será más grande, por el incremento de la Solidaridad entre sus clases; como profesor, creo que las universidades tendrán un más libre empeño en la investigación de la Verdad; como padre, creo que nuestros hijos vivirán en un medio social más propicio al florecimiento de la Virtud.

*

Y a los jóvenes, que son la esperanza de la humanidad, de los pueblos, de la cultura, de los

hogares, creo deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril:

Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no le confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad que *todo tiempo pasado fué mejor*. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis: más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crespúculo. Y no dudéis que otros, después, siempre, mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su pueblo, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que *todo tiempo futuro será mejor*.

PROPOSICIONES

PROPOSICIÓN PRIMERA

El Renacimiento filosófico se detuvo en indecisos balbuceos; la herencia escolástica y el dogmatismo social impidieron la renovación legítima de las hipótesis metafísicas en los sistemas filosóficos que substituyeron a las teologías medioevales. *La hipocresía de los filósofos*, destinada a conciliar sus opiniones propias con las creencias vulgares, apareció con la teoría de las dos verdades, representada en la actualidad por la concepción de dos filosofías distintas, una de la Naturaleza y otra del Espíritu.

PROPOSICIÓN SEGUNDA

La crisis filosófica del siglo XIX fué debida a que la investigación de la verdad engendró hipotesis peligrosas para ciertos dogmas morales. El positivismo llego a plantearse como un deliberado renunciamiento a toda explicación de lo inexperiencial e indujo a confundir las hipó-

tesis metafísicas con las científicas. El espiritualismo ha reaparecido como una exaltación de lo afectivo-ético contra lo lógico-crítico y en vez de superar el ciclo del racionalismo ha regresado a las fuentes ilegítimas que lo precedieron en las teologías mediovales.

PROPOSICIÓN TERCERA

La metafísica, como elaboración creadora de hipótesis nuevas, no debe ser confundida con la historiología filosófica; *la hermenéutica es una paleo-metafísica* de las hipótesis elaboradas sobre experiencias más incompletas que las actuales. Se puede admirar el ingenio de los grandes filósofos clásicos y demostrar que sólo tienen un valor histórico para la reconstrucción genealógica de las hipótesis metafísicas. El ejemplo de su esfuerzo merece imitarse; no para glosarlos, sino para intentar, en este siglo y sobre la experiencia de este siglo, lo que ellos intentaron sobre la del propio.

PROPOSICIÓN CUARTA

Siendo los objetos experienciales infinitamente variables en el tiempo y en el espacio, la perfectibilidad de la experiencia humana nunca llega a excluir la *perennidad de lo inexperiencial.* La infinita posibilidad de problemas que excedan la experiencia, implica la perennidad de explicaciones hipotéticas inexperienciales que constituyan una metafísica, incesantemente variable y perfectible.

PROPOSICIÓN QUINTA

Los clásicos *problemas de la metafísica* resultan en la actualidad inexactamente formulados; parece indudable que cada uno de ellos contiene otros problemas susceptibles de ser planteados en términos legítimos. La variación de los resultados de la experiencia modificará incesantemente la legitimidad de los problemas inexperienciales y de las hipótesis formuladas para explicarlos.

PROPOSICIÓN SEXTA

Donde no lleguen las hipótesis experienciales de las ciencias, empezarán las hipótesis que la metafísica prolonga en lo inexperiencial. Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la posible demostración por la experiencia; las hipótesis metafísicas aspiran a una legitimidad lógica y se presumen indemostrables por la experiencia. La legitimidad de las hipótesis inexperienciales llegará a determinarse mediante normas que constituirán la *metodología de la metafísica* como una verdadera lógica del saber hipotético inexperiencial.

PROPOSICIÓN SÉPTIMA

La metafísica tiene por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales; las hipótesis convergentes a una explicación armónica de lo inexperiencial, constituyen un sistema metafísico. *La metafísica del porvenir* estará en formación continua y presentará algunos caracteres necesarios: la universalidad, la perfectibilidad, el antidogmatismo y

la impersonalidad. Será una superación de todas las formas de experiencia, pues todas lindan con problemas inexperienciales.

PROPOSICIÓN OCTAVA

Para plantear con exactitud los problemas metafísicos es indispensable una *renovación total del lenguage filosófico*. La exactitud de todo proceso lógico está condicionada por la exactitud de los téminos; con términos imperfectos no podrá elaborarse una lógica perfecta; de las relaciones perfectas entre términos imperfectos, no pueden inferirse conclusiones perfectas.

PROPOSICIÓN NOVENA

Desprendidas de la filosofía diversas ciencias experienciales, se continuará en el porvenir la ya iniciada *transmutación de la arquitectónica*, hasta constituirse en un género único, la metafísica, destinada a elaborar hipótesis inexperienciales acerca de lo que excede a la experiencia de todas las ciencias. Un sistema armónico que intente explicar lo inexperiencial en función de

lo experiencial, mediante hipótesis incesantemente renovables fundadas sobre leyes perfectibles, no engendrará dos géneros de verdades discordantes y realizará la unidad sintética que es la aspiración de toda metafísica legítima.

PROPOSICIÓN DÉCIMA

Los ideales humanos son hipótesis inexperienciales condicionadas por la experiencia y varían en función del medio experiencial. Su valor para el hombre depende de su legitimidad. Son más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será realidad experiencial en el porvenir.

LIBRARY
DEC 2 1917
UNIVERSITY OF TORONTO

NUEVAS EDICIONES DE ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR:

La Simulación en la lucha por la vida (11.ª edición, revisada por el autor). 1 vol. de 230 páginas, agotad

Simulación de la locura (8.ª edición, revisada por el autor). 1 vol. de 400 páginas . . . . . 2 $

Histeria y Sugestión (5. edición, revisada por el autor). — 1 vol. de 350 páginas . . . . . 2 "

Sociología Argentina (7.ª edición, corregida y muy aumentada). 1 vol. de 470 páginas . . . . 2 „

Crónicas de Viaje (1905-1906) — 6ª edición, revisada por el autor). — 1 vol. de 380 páginas . 2 „

Principios de Psicología (6ª edición, corregida). 1 vol. de 400 páginas . . . . . 2 „

Criminología (7ª edición, corregida). 1 vol. de 400 páginas . . . . . 2 „

Las doctrinas de Ameghino: La Tierra, la Vida y el Hombre, 1 vol. de 222 páginas . . . . 1 „

El Hombre Mediocre (5.ª edición: 30º a 40º millar) 1 „

Hacia una moral sin dogmas, (2.ª edición: 6º a 11º millar), 1 vol. de 210 páginas . . . . . 1 „

La Evolución de las Ideas Argentinas.
— Vol. I. — La Revolución, 1 vol. de 560 páginas, agota

Proposiciones, relativas al porvenir de la filosofía (2ª edición revisada por el autor: 5.º a 9.º millar). — 1 vol. de 160 páginas . . . . . 1 „

EN PRENSA

La Evolución de las Ideas Argentinas.
— Vol. II. — La Restauración.

PEDIDOS A LA CASA VACCARO
Avenida de Mayo 638 - Buenos Aires

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY